

LAS MEDIDAS DEL REINO



OSVALDO REBOLLEDA

LAS MEDIDAS DEL REINO



Oswaldo Rebolleda

Este libro fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Las medidas de la luz de Dios.....	12
Capítulo dos:	
Nuestras medidas.....	29
Capítulo tres:	
Medidas de Juicio.....	47
Capítulo cuatro:	
Las medidas financieras del Reino.....	60
Capítulo cinco:	
Las medidas de nuestra Fe.....	75
Capítulo seis:	
La mejor de todas las medidas.....	89

Capítulo siete:

Las medidas del Reino.....102

Reconocimientos.....116

Sobre el autor.....118



INTRODUCCIÓN

“Mi Dios y rey, ¡siempre te bendeciré y alabaré tu grandeza! ¡Grande eres, nuestro Dios, y mereces nuestras alabanzas! ¡Tanta es tu grandeza que no podemos comprenderla! Nosotros hablaremos del poder, belleza y majestad de tus hechos maravillosos; yo pensaré mucho en ellos y los daré a conocer a mis propios hijos. Hablaremos de tu inmensa bondad, y entre gritos de alegría diremos que eres un Dios justo...”

Salmo 145:1 al 7 BLS

Hay una frase muy popular de un filósofo griego llamado Protágoras, que dice lo siguiente: *“El hombre es la medida de todas las cosas”*. Esta frase, resulta una invitación para que los seres humanos, sigan relativizando todo cuanto sucede en el mundo, pues a juicio de este pensador, no existe la verdad absoluta.

Lamentablemente, ese es el pensamiento humanista que ha penetrado poderosamente la sociedad actual. El hombre procura filosofar, buscando respuestas a sus conflictos internos, pero al final, solo termina pensando de manera opuesta a Dios, inventándose sus propias respuestas diferentes y poniendo como el gran pensamiento elevado, el respeto por toda divergencia.

Cuando no conocemos a Dios, la diversidad del pensamiento, suele parecer lo más inteligente a la hora de un mundo tan dispar. Sobre todo cuando la sociedad actual, ha sido llevada por los cambios tecnológicos, a una desafiante globalización cultural. Sin embargo, esta manera de gestionar las ideas, es absolutamente pecaminosa en la vida del Reino, haciendo necesario que nosotros, tomemos algunas medidas al respecto.

Cuando no existe entre la gente, un parámetro de la verdad absoluta, todo razonamiento, por más absurdo que parezca termina siendo aceptado por respeto, incluso, considerando tal respeto, como un gran acto de sabia tolerancia. Por supuesto, todo eso cambia, cuando recibimos la gracia del Señor, porque es a través de Su vida que nos llega la luz (**Juan 1:4**), y es a través de esa luz, que llegamos a conocer la verdad que nos libera (**Juan 4:32**), lo cual para mal de muchos, es totalmente absoluta.

Instantáneamente, la libertad basada en la verdad de Dios, nos pone en la vereda de los intolerantes, absurdos, extremistas y radicales de este mundo. Esto es lógico para ellos, porque las diferentes ideas de esta sociedad exigen ser respetuosamente aceptadas, y nadie bajo ningún punto de vista está dispuesto a recibir parámetros de vida, en el marco de una verdad absoluta y supuestamente divina.

Nuestro desafío de vida, es asegurarnos de interpretar correctamente esa verdad que decimos haber recibido, y caminar cada día respetando y honrando esa verdad de manera pura. Sin estructuras religiosas de ningún tipo y procurando transmitirla al mundo de forma correcta. Es decir, envuelta en la esencia de la vida del Señor, y no como simples reglamentos que buscan regir destinos.

Los condimentos humanos, mezclados con la verdad divina, han provocado mucho daño en la credibilidad de la gente. La religiosidad, el legalismo y la manipulación de las palabras, han realizado un buen trabajo en el cristianismo, a la hora de poner la fe verdadera, absolutamente mezclada con todo tipo de falsos conceptos.

En este libro, deseo enfocarme en las medidas que Dios, por Su Palabra, nos ha planteado respetar. Medidas que por supuesto, no todos desean reconocer, pero que sin embargo están ahí, y es muy conveniente para nosotros los hijos de Dios, conocerlas y respetarlas.

Una medida es la acción o el efecto de medir algo, y me pareció interesante aplicar este concepto a los parámetros de vida que Dios propone. Medir una calle, no es lo mismo que medir la fe, pero la aplicación de este principio, nos permitirá recibir riquísimas lecciones espirituales.

Imaginemos por un momento, lo que pasaría en el mundo, si un metro pudiera ser considerado por cada persona de manera diferente. Imaginemos también, las consecuencias que habría, si todos tuviéramos el respetable derecho de percibir el metro conforme a la medida que mejor nos pareciera, y que nadie pudiera cuestionarnos. ¿No sería esto una locura inaceptable?

Imaginemos lo que sería diseñar, edificar o fabricar algo, con medidas percibidas de manera diferente por cada persona. Por favor, yo sé que parece una locura, pero trate de imaginar por un minuto, una sociedad en la cual, todos y cada uno de los seres humanos, tuviéramos como centímetros o metros, a medidas totalmente diferentes, basadas en la percepción individual ¿Cómo haríamos para convivir? Imaginemos el desorden y las imposibilidades que producirían tener medidas opcionales.

Pensemos esto por un momento y descubriremos cuán importante es tener, una medida verdadera, respetada de manera absoluta y radical. Es más, yo creo que todo el avance tecnológico y todo orden desaparecerían del mundo, si los seres humanos determinaran vivir con medidas personales, bajo la norma de aceptación y respeto a la diversidad.

Las medidas generales, curiosamente son absolutamente indiscutibles. Cualquier persona con un

poco de sentido mental, se daría cuenta el irreparable desorden que se produciría en el mundo natural, si no se respetaran las medidas establecidas de manera universal. Por más necio o ignorante que alguien pueda ser, no creo que se atreva a cuestionar el tamaño de un centímetro, de un metro o de un kilómetro.

Esto es muy curioso, porque el acuerdo que se alcanza con una medida en lo natural, no puede alcanzarse respecto de una medida espiritual. Las personas son capaces de reconocer y respetar un metro, pero se niegan a reconocer y respetar las medidas establecidas por Dios. En realidad, creo que no comprendemos que el creciente desorden mundial, es producido por la falta de respeto a las medidas del Reino.

La iglesia es columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**), por lo cual, y aunque el mundo ignore las medidas establecidas por Dios, nosotros debemos reconocerlas, respetarlas y darlas a conocer a todos cuantos podamos.

Las unidades de medida estuvieron entre las primeras herramientas inventadas por los seres humanos. Las sociedades primitivas necesitaron medidas rudimentarias para muchas tareas, como la construcción de moradas, la confección de ropa o la preparación de alimentos y materias primas.

Los sistemas de pesos y medidas más antiguos que se conocen parecen haber sido creados entre el cuarto milenio y el tercero antes de Cristo, entre los antiguos pueblos de Mesopotamia, Egipto y quizás también en Persia. Los pesos y las medidas se mencionan asimismo en la Biblia (**Levítico 19:35 y 36**) como un mandato que exige honestidad y medidas justas.

Muchos sistemas de medición estuvieron basados en el uso de las partes del cuerpo humano, como un palmo, un codo o un pie. En realidad no se sabe quién exactamente las determinó, pero claramente han contribuido a ordenar el desarrollo de la sociedad. Imaginemos cuanto más ocurriría en toda la humanidad, si todos aceptáramos como medidas universales las que Dios ha determinado, ya no refiriéndome a centímetros o metros, sino a los parámetros de Su voluntad.

Yo sé perfectamente que este libro no será un best seller capaz de recorrer la mente de millones de personas, pero estoy convencido que sí tocará el pensamiento de miles de hermanos en algún lugar del mundo, y si en este momento lo está leyendo es porque la gracia del Señor lo ha puesto dentro de esta estadística favorable.

No puedo medir yo, el alcance de un pequeño libro, y mucho menos el alcance de una Palabra que salga del corazón de Dios, pero lo que sí puedo afirmar, es que la falta

de límites me ha embarcado en una tarea extraordinaria, la de compartirle en estas páginas algunas medidas del Reino que no debemos ignorar.

Espero que el interés, lo sostenga en lectura hasta el final y que la fe, lo sostenga en el marco de la perfecta voluntad de Dios en todo. Entonces verá, que hasta el día de la gran plenitud, podemos avanzar viviendo los anticipos del Reino en la tierra, lo cual producirá enormes beneficios personales y corporativos para todos quienes hemos recibido de Su gracia inigualable.

“Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura”.

Mateo 6:33 DHH



Capítulo uno

LAS MEDIDAS DE LA LUZ DE DIOS

*“Si de veras sabes tanto, dime dónde estabas cuando
puse las bases de la tierra.*

*¡Tú no sabes quién la midió metro a metro, quién puso
la primera piedra y en qué descansan sus cimientos!*

*¡Tú no estabas allí, mientras cantaban las estrellas y los
ángeles danzaban!*

*Dime quién puso límites al mar cuando este cubrió la
tierra; dime cuándo lo envolví entre nubes y lo dejé en la
oscuridad; dime cuándo les mandé a las olas no pasar
más allá de la playa...”*

Job 38:4 al 8 BLS

La gracia soberana del Señor, produjo en nosotros la regeneración por medio de la cual, recibimos Su vida y Su luz (**Juan 1:4**). Es nuestro privilegio poder profundizar más en este misterio, buscando ser tocados por Él. Es decir, que

la vida permanezca en comunión con nuestro espíritu, no significa que aumente la medida de nuestra revelación.

Dios simplemente está en nosotros y busca sumergirnos en Él, pero ser tocados por Su presencia es lo único que aumenta la medida de luz espiritual en nosotros. Todos los verdaderos hermanos tienen la vida, pero no todos tienen la capacidad de ver la operación del Reino y su justicia. Eso ciertamente es penoso, porque una gran porción de ellos, no procura una medida mayor de Él.

Salomón dijo que el camino de los justos, es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día se torna perfecto (**Proverbios 4:18**), esto quiere decir que la luz que hay en nosotros, puede ir aumentando, lo cual es hermoso. Sin embargo, puedo garantizar, que la medida de esa luz proveniente de Su vida, no aumenta por el simple paso del tiempo.

En lo natural, podemos pasar la noche sentados sin hacer nada, esperando que amanezca para ver el sol, y ciertamente así será, porque el sol sale como resultado de un sistema que no nos incluye, pero el avance de la luz en nuestro espíritu depende mucho de nuestra entrega y actitud. La luz de Dios en nosotros, crece por expansión de vida, no por tiempo.

Cuando hablo de expansión de vida, no me estoy refiriendo a un crecimiento de Dios en nosotros. Él está o no está, pero si me refiero a ser tocados por Su vida. Esto implica que podemos tener un hermano, con varios años de cristiano y aun así, notar que no opera bajo revelación.

Cualquiera podría decirme que si la vida de Dios está en nosotros, simplemente nos está tocando de continuo, pero no es eso a lo que me refiero. De hecho, Dios es Omnipresente y sin embargo solo hay algunos ungidos. Me refiero al toque que se produce cuando Su vida se extiende ante nuestro ferviente deseo.

Hoy en día, muchos hermanos dicen no tener tiempo para las profundidades de Dios. Ellos saben que Dios está, que siempre escucha y que son benditos, pero no buscan las profundidades de Su persona, no les interesan sus misterios, no se detienen de la vorágine de sus tareas, no apagan los ruidos que los rodean. Simplemente no tienen el suficiente interés por tocarlo.

En el Antiguo Testamento vemos que el pueblo de Dios, habiendo sido liberados de la esclavitud, se negaron a acercarse a Dios y hablar con Él, porque tuvieron miedo (**Éxodo 20:19**). Moisés en cambio, subía al monte en busca de Su presencia. Eso le costaba muchos días de ayuno absoluto, pero se acercaba y hablaba con Dios cara a cara (**Éxodo 33:11**). Para cualquier persona, ese costo se le haría

muy elevado, porque no es nada fácil un sacrificio así. Sin embargo, para Moisés, ese esfuerzo bien valía la pena.

Ante la rebeldía del pueblo, el Señor dijo que enviaría un ángel con ellos, para guiarlos hasta la tierra prometida, pero que Él no los acompañaría, porque eran un pueblo muy rebelde (**Éxodo 33:2 y 3**). Moisés se negó rotundamente a esta propuesta, y le reclamó a Dios una cuota mayor de Su gracia, diciéndole además, que no los sacara de ese lugar sin Su presencia, como prefiriendo morir ahí, antes que caminar sin Él (**Éxodo 33:15**).

Esa fue una gran lección para todos, porque Dios aceptó la súplica de Moisés, dejando en claro que si no se lo hubiese pedido, Él no habría accedido a manifestar Su presencia en el camino restante (**Éxodo 33:14**). De hecho, cuando Moisés escuchó que Dios aceptaba ir, fue por más y le pidió permiso para contemplar Su gloria (**Éxodo 33:18**). Fue entonces que el Señor le dijo: *“Cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro...”* (**Éxodo 33:22 y 23**).

Esto es conmovedor, y a la misma vez aleccionador. Si Moisés no hubiera pedido nada, nada habría obtenido. Sin embargo, estando en presencia de Dios, le pidió ver más de Su persona. Es verdad que hoy vivimos otro pacto, es

verdad que no necesitamos ayunar cuarenta días o subir a un monte. Es verdad que ya no necesitamos edificar un tabernáculo para acercarnos a Él, pero también es verdad, que en las dimensiones espirituales, esta posibilidad de acceder a Su presencia, sigue siendo tan vigente como en aquellos días.

Hoy podemos ir a reuniones de culto, podemos cantar, leer la Biblia y orar durante horas, sin embargo, puede que no lleguemos a recibir un toque de Su vida, que es nada menos que Su luz. Entonces, seremos cristianos y tendremos Su Espíritu Santo habitando en nosotros, pero la medida de Su luz verdadera permanecerá sin expansión.

Debemos darnos cuenta de que la vida de Dios no es simplemente algo de Dios, o algo dado por Dios, sino que es Dios mismo. En **Juan 14:6** el Señor Jesús dijo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”*. Después de declarar esto, desde el versículo **7** hasta el **11**, dio a conocer a los discípulos que Él y el Padre eran uno y el mismo.

Jesús era Dios hecho carne (**Juan 1:1**). Cuando Él declaraba ser la vida, era Dios mismo quien lo decía. Por consiguiente, Sus palabras muestran que la vida es, verdaderamente, Dios mismo. En la regeneración, no sólo recibimos la vida de Dios, sino a Dios mismo como la vida absoluta. En otras palabras, Dios no solamente nos dio Su

vida, sino que El mismo vino a nosotros para ser nuestra vida.

Esa vida es, y permanece en nosotros (**1 Corintios 6:17**), y puede que vivamos en esa revelación. Sin embargo, la cercanía del árbol, no debe ser el motivo que nos impida ver el gran bosque que tenemos por delante. Que alguien pueda sumergirse en las olas de un océano, no significa que esté buceando en los misterios escondidos en sus profundidades. Ser cristianos y tener una Biblia no es necesariamente tener más luz.

Job fue un hombre muy creyente y muy piadoso en su forma de vivir. Sin embargo, el gran dolor que tuvo que enfrentar, lo introdujo en un profundo hoyo de quebranto y amargura. Seguramente todo a su alrededor, ha llegado a parecerle un gran muro de impenetrable oscuridad. ¿Quién podría criticarle tal situación? Bueno, sus supuestos amigos lo hicieron, pero solo lograron agregar más dolor a su dolor.

El proceso le apagó todas las luces y Job, no pudo ver más allá de sus miserias. Él sabía que Dios existía, eso era claro, nunca dudó de Su existencia y nunca dudó de Su soberanía. Él nunca cuestionó a Dios, pero se sintió absolutamente lejos de Su presencia. En realidad ¿Cuántos de nosotros alguna vez, hemos sentido esa sensación de lejanía, por mucho menos que eso?

Hay ocasiones en que podemos sostener el conocimiento de Su omnipresencia, pero aun así, sentirnos lejos y necesitar Su toque. Podemos hablar con Él y estar seguros que nos escucha, aún podemos tener en claro que Él está al tanto de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Sin embargo y a la misma vez, en algunas situaciones podemos sentirnos extrañamente lejos.

Cuando el dolor nos acecha, parece secuestrarnos con violencia. Es como si alguien nos atara de pies y manos, impidiéndonos escapar. Todo nuestro ser quiere correr lo más lejos posible de una cruel realidad, pero el dolor puede llegar a ser el más perverso de los secuestradores. De pronto, es como si nos pusiera una venda en los ojos y una gruesa cinta en la boca. Entonces, estamos cerca de la luz, pero no podemos verla, estamos rodeados de aire, pero no podemos respirar con libertad.

Hay hermanos que no son secuestrados por el dolor, pero sí por los afanes de la vida, los compromisos, los bienes y los deseos. Igualmente, sea como sea, podemos asumir que fuimos secuestrados, cuando perdemos la libertad espiritual. Cuando aun estando rodeados por Dios, nos sentimos muy lejos de Él.

En realidad, no se puede medir con una cinta métrica, la distancia espiritual, pero ciertamente Dios está ahí. El salmista escribió: *“Como el ciervo brama por las*

corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía...” (Salmo 42:1). El río de Dios está presente, Él está ahí, pero en ocasiones pareciera que estamos lejos, que no podemos siquiera oír el murmullo de su correntada.

En lo profundo de nuestra alma, sabemos que hay más de Él, y ciertamente lo anhelamos, pero tristemente, muchos se han acostumbrado a saber de Él, en lugar de tocarlo. Muchos tocan el culto, tocan la Biblia y tocan hermanos, pero no hacen por tocarlo a Él. Cuando eso pasa, no hay ministración de vida y por tal motivo, tampoco crece la medida de luz.

Hace unos años atrás, viajamos con mi esposa al norte del país. Fuimos en la camioneta, y yo conduje todo el camino. Cuando avanzó la primera noche de viaje, comenzó a llover copiosamente y con la carretera mojada, pudimos comprobar que las luces bajas que teníamos eran verdaderamente muy pobres. Ciertamente avanzamos con bastante temor, porque no conocíamos el camino.

Al volver de ese viaje, me apresuré a cambiar las luces del vehículo, porque no eran adecuadas para conducir por caminos oscuros. Nunca habíamos notado ese problema, porque la camioneta siempre es conducida por mi esposa, y siempre lo había hecho por las calles iluminadas de la ciudad, las cuales nunca permitieron evidenciar la carencia de buenas luces.

Nuestro tránsito por la vida, suele ser igual. Cuando andamos rodeados de gente de Reino, podemos sentirnos confiados y estimulados en la fe, pero cuando nos golpea la oscuridad de un proceso personal, notamos que estamos solos y aunque escuchamos voces, nos desorientamos, porque no podemos ver. La oscuridad es el ámbito de gobierno del enemigo y es ahí donde nos acechan los miedos.

Puede que en una crisis, quedemos tan solos como Job. Puede que algunos amigos nos visiten y nos hablen, pero todas sus palabras serán como simples ruidos. Nadie puede entendernos y nadie pareciera poder escuchar los gritos de nuestro corazón. Entonces nos dirán que Dios está presente, pero no veremos nada, pensaremos cosas, pero nada tendrá sentido. Es ahí que necesitamos clamar por Su toque, porque Él es la vida y la vida es la luz que necesitamos.

Tal vez esté llevando el ejemplo a un extremo, porque eso fue lo que vivió Job, pero ojalá nos demos cuenta que cada día debemos procurar el toque de Dios, porque cada día el toque de Su vida, nos puede llenar de mayor luz, y ver nos garantiza la libertad necesaria para avanzar.

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

Juan 8:32

Job vivió en una miseria sin alivio durante meses, con llagas abiertas por todo su cuerpo, cargando el dolor de siete hijos muertos, tres hijas muertas y toda su riqueza perdida por completo. Repulsivo para su esposa, odioso para sus hermanos, y despreciado aun por los niños que al verlo sarnoso y recostado sobre cenizas se atemorizaban de él.

Al principio, Job soportó estas calamidades con sorprendente sumisión, por eso llegó a decir: ***“El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor. ¿Aceptaremos el bien de Dios y no aceptaremos el mal?”*** (Job 1:21), pero a medida que la miseria continuó durante meses, Job vaciló en su confianza de que Dios estaba a su favor, y comenzó a insistir en su propia justicia a expensas de la justicia de Dios, por eso llegó a quejarse diciendo: ***“¿Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla. Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos”*** (Job 23:3 y 4).

El sufrimiento de Job tenía una doble explicación, en primer lugar, dejar en claro la soberanía y la gloria de Dios. En segundo lugar, diría que el propósito fue refinar la percepción de Job, respecto de la justicia. Su sufrimiento no fue un castigo de Dios, no fue una señal de Su ira. El dolor de Job no fue causado por el látigo de un despiadado verdugo, sino el dolor necesario y permitido por el más experimentado cirujano. La remoción de nuestras miserias puede doler mucho, pero nunca será en vano. Nuestro

problema es comprender lo que verdaderamente está pasando. Job dijo a Dios:

*“Aparta de mí tu mano, Y no me asombre tu terror.
Llama luego, y yo responderé; O yo hablaré, y
respóndeme tú. ¿Cuántas iniquidades y pecados tengo
yo? Hazme entender mi transgresión y mi pecado.
¿Por qué escondes tu rostro, y me cuentas por tu
enemigo? ¿A la hoja arrebatada has de quebrantar, y a
una paja seca has de perseguir?
¿Por qué escribes contra mí amarguras, y me haces
cargo de los pecados de mi juventud?
Pones además mis pies en el cepo, y observas todos mis
caminos, Trazando un límite para las plantas de mis
pies...”*

Job 13:21 al 27

¿Acaso no habla Job, como muchos cristianos hoy en día? Yo nunca he conocido a nadie, que haya vivido una cadena de desgracias tan grandes como las que tuvo que enfrentar el patriarca, pero lamentablemente si he visto a muchos cristianos murmurando sus desgracias públicamente. He visto a muchos quejarse por sus procesos de vida y como siervo de Dios, he sido interrogado en muchas ocasiones, respecto de los motivos de Dios para tales procesos.

Su toque, es impartición de vida y esa vida, es la medida de Su luz en nosotros. Yo soy maestro de la Palabra y sin embargo, no estoy proponiendo Su luz para entender teología, sino para entender los misterios de la grandeza de Dios en nuestras vidas. Cuando el Señor nos suministra Su vida simplemente vemos, y cuando vemos, se terminan todos nuestros argumentos.

El Señor se apareció a Job y le dijo: ***“¿Quién eres tú para dudar de mi providencia y mostrar con tus palabras tu ignorancia? Muéstrame ahora tu valentía, y respóndeme algunas preguntas...”*** (Job 38:2 y 3 DHH). Su presencia trajo Su voz y Su verdad. Entonces las prisiones de oscuridad comenzaron a romperse. El aumento de la medida de la luz divina va creciendo y va penetrando hasta las profundidades del alma de Job. Lo mismo ocurre en nosotros cuando recibimos un toque de Su vida.

El Señor le dijo a Job: ***“¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házme saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular?”*** (Job 38:4 al 6). Cuando el Señor pone luz sobre Su Persona y permite, como hizo con Job, que podamos ver al menos un poquito más de Él, todos nuestros argumentos se derriten, porque llegamos a comprender que no conocemos la medida de Su grandeza.

Nuestro pequeño mundo personal, no nos permite ver la grandeza de la creación de Dios. Nuestros problemas nos parecen enormes y sin querer, el tamaño de Dios en nuestra mente, se va reduciendo lo suficiente como para entrar en las pequeñas páginas de nuestra Biblia.

Toda la teología de los pequeños hombrecitos, no alcanza para alumbrar más allá de un aula de estudio, o un salón de reunión. Lo que necesitamos es Su vida, y la luz que proviene de ella. Es la medida de esa luz, la que produce la medida de nuestra libertad.

Cuando nos hacemos muchas preguntas, siempre ensayamos algunas respuestas, pero cuando Dios pregunta algo, no hay más nada que decir. ¿Quién sería capaz de argumentar algo en Su presencia? ¿No será entonces que la mayoría de los cristianos pueden orar y orar, sin tocarlo jamás a Él?

El Señor preguntó a Job: ***“¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad, y establecí sobre él mi decreto, le puse puertas y cerrojo, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas? ¿Has mandado tú a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar, para que ocupe los fines de la tierra, y para que sean sacudidos de ella los impíos?”*** (Job 38:8 al 13).

Si cada mañana, en lugar de llenar nuestra boca de pedidos y reclamos, hiciéramos silencio, en calmada espera. Si no dejáramos de intentar pacientemente hasta recibir la gracia de un toque divino, encontraríamos verdadera vida, verdadera luz. No me estoy refiriendo a fríos versículos acomodados en nuestra memoria, sino a la vida misma, a la esencia de Su luz, a la medida de nuestra libertad.

El Señor le dijo más: ***“¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte, y has visto las puertas de la sombra de muerte? ¿Has considerado tú hasta las anchuras de la tierra? Declara si sabes todo esto. ¿Por dónde va el camino a la habitación de la luz, y dónde está el lugar de las tinieblas, para que las llesves a sus límites, y entiendas las sendas de su casa? ¡Tú lo sabes! Pues entonces ya habías nacido, y es grande el número de tus días”*** (Job 38:17 al 21).

¿Quién podría contestar alguna de estas preguntas? ¿Acaso las respuestas no dejarían en evidencia nuestra pequeñez, y nuestra ignorancia respecto de Sus misterios? Una revelación de Su vida, puede llenarnos de luz y ubicarnos bajo gobierno.

Cuando Moisés vio las espaldas de Dios, recibió la revelación del Génesis. Moisés no vivió en la época de Adán, ni de Noé, ni de Abraham, sin embargo conoció los detalles de la historia, y es evidente que fue el Señor y no la

tradicción oral como algunos proponen, porque toda la Escritura es inspirada por Dios (**2 Timoteo 3:16**). Sin dudas un toque de Dios es una buena medida de luz espiritual.

Cuando Job escuchó estas Palabras de Dios y todo lo expuesto respecto de la creación, no tuvo más que reconocer su ignorancia. Es como si alguien, sentado en la oscuridad, se quejara durante horas de hambre, de frío, de sed y de soledad, pero de pronto le encienden todas las luces y se da cuenta que está en un gigantesco depósito, lleno de mercaderías, de bebidas y de gente que no había percibido.

Por supuesto, no estoy diciendo que Job no vivió una tremenda situación personal y atravesó un inimaginable proceso. Negar tal cosa sería absurdo, pero lo que sí digo, es que nosotros, sin atravesar semejante valle de dolor, debemos aprender de él, y al menos hallar la prudencia y la sensatez ante cualquier conflicto.

Si tan solo pudiéramos ver, la noche se transformaría en día y lo peligroso del camino en seguridad. Si tan solo recibimos un toque de Su vida, la medida de nuestra luz cambiaría por completo y podríamos ver, la grandeza de nuestro Dios.

Y el Señor dijo a Job: ***“¿Podrá el que censura contender con el Todopoderoso? El que reprende a Dios, responda a esto. Entonces Job respondió al Señor y dijo:***

He aquí, yo soy insignificante; ¿qué puedo yo responderte? Mi mano pongo sobre la boca. Una vez he hablado, y no responderé; aun dos veces, y no añadiré más” (Job 40:2 al 5).

Dios le demostró a Job, que Su poder no es arbitrario, sino que está lleno de propósito y que Su propósito es consistente con Su excelencia. Por tanto, ni Job ni nosotros deberíamos jamás, presumir y cuestionar a Dios de ser arbitrario o irracional. Deberíamos someternos a Su sabiduría y a la bondad de Sus acciones.

Se perfectamente que esto es fácil de decir, pero muy difícil de llevar a la práctica sin una suministración de Su vida. Por eso digo que sin luz, no hay más que palabras y buenas intenciones, pero cuando se nos revela el Señor, todo se llena de vida y tal vez, las aflicciones perduren por tiempo, pero serán en libertad y solo los libres alaban, a la vez que gobiernan, aun a las adversidades.

Nuestro Dios es grande y maravilloso ¿O acaso no comprendemos, que si nos somete a procesos de oscuridad, solo es para darnos una medida mayor de Su luz? En el sentir de la muerte de nuestro yo, se manifiesta Su vida y Su Luz. Cuando dejamos de ser, realmente llegamos a Ser en Él, y es entonces cuando vemos.

“¿Quién midió las aguas en el hueco de su mano, con su palmo tomó la medida de los cielos, con un tercio de medida calculó el polvo de la tierra, pesó los montes con la báscula, y las colinas con la balanza?”

Isaías 40:12

Ante estas preguntas, seguramente diremos: ¡Dios! Pero, ¿en verdad comprendemos que Él está en control de todo? Roguemos que Su vida, nos dé una medida mayor de Luz y entonces se nos revelará, lo que significa realmente que la luz resplandece en la oscuridad y que las tinieblas no pueden prevalecer contra ella (**Juan 1:5**).



Capítulo dos

NUESTRAS MEDIDAS

“Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos y comparándose consigo mismos, carecen de entendimiento”.

2 Corintios 10:12

Hay un problema que ha azotado al hombre desde el principio de la creación, y es la valoración excesiva sobre sus propios intereses. Todo empezó cuando el hombre tomó la decisión de hacer su propia voluntad en lugar de obedecer al mandato de Dios, en primer lugar por querer obtener el beneficio de ser igual que Dios, y en segundo lugar, porque consumir su deseo, fue más importante que obedecer la voluntad de Dios (**Génesis 3:5**).

Adán fue creado como un ser perfecto, eterno, sabio y sin pecado. Sin embargo, no estimó haber sido creado

semejante al Señor, ni el poder de la bendición concedida, sino que midió las circunstancias según mejor le pareció, para obtener mayores beneficios. Nada ha cambiado desde entonces para los seres humanos, sin dudas su elevadísimo ego, lo hace medir circunstancias y valores, con un claro egocentrismo y un gran egoísmo. Por algo el mundo está como está.

Aunque la palabra ego no aparece en la Biblia, sí aparecen conceptos y principios relacionados de manera directa. La palabra ego generalmente se refiere a un sentido exagerado de auto valoración, que resulta en una excesiva preocupación por el “yo”. Lo cual contrasta de manera frontal con la propuesta del evangelio del Reino, basada en la muerte del yo, para la nueva vida en Cristo.

La Biblia contiene muchas advertencias contra el yo, porque en todo ser humano sin Dios, hay un deseo intrínseco de valoración desmedida. De hecho, la sociedad de consumo actual, utiliza abiertamente el incentivo del ego como su principal objetivo. Las fuerzas oscuras de esta época han convencido a muchos de que la plenitud de la vida, sólo se consigue satisfaciendo los deseos del yo.

Lo opuesto al ego es la humildad, y tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen muchas referencias sobre cómo vivir con humildad. En el libro de Miqueas leemos: *“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno,*

y qué pide el Señor de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8), esto sin duda alguna, va en dirección opuesta al pensamiento posmoderno.

Pablo, en el pasaje que cité al principio del capítulo, advirtió duramente que aquellos que se miden a sí mismos, de manera injusta y exagerada, son carentes de entendimiento, y aclaró, que él no haría lo mismo que ellos. Luego explicó: ***“Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida, para llegar también hasta vosotros” (2 Corintios 10:13).***

Es muy interesante que Pablo diga haber recibido de parte de Dios una regla para medir, tal como si Dios mismo les hubiera puesto al corriente de las medidas del Reino. Imagino algo como: *“Pablo no te menosprecies porque sos mi siervo y Yo te envió, pero tampoco te sobrevalores, porque ha sido y será mi gracia para contigo...”* Disculpen la licencia para imaginar una escena celestial, pero solo estoy tratando de recrear en mi cabeza la regla de Dios a la que el apóstol hace referencia.

Sin dudas Pablo, es un bello ejemplo de alguien orgulloso, llevado por el trato del Señor a convertirse en un hombre de humilde condición. A pesar de que fue un duro defensor de la religión judía, se convirtió en uno de los

siervos más amorosos de Cristo que haya existido, él decía considerarse como el más pequeño de los apóstoles y el primero de los pecadores (**1 Corintios 15:9; 1 Timoteo 1:15**).

Siempre animó a los que seguían a Cristo a imitar la humildad de Jesús, animándolos, y también a nosotros, a no hacer nada por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo, señalando que no debíamos limitarnos a mirar por nuestros propios intereses, sino también por los de los demás (**Filipenses 2:3 y 4; Romanos 12:10**). Esa es la esencia de la humildad y lo opuesto al ego.

Hace unos años atrás escribí un libro titulado “Adoración, la honra de los despreciados”. Muchos me han preguntado los motivos de tal expresión, y yo siempre digo que antes de recibir la gracia del Señor, creía que mi vida no tenía valor. Un duro fracaso amoroso y la inestabilidad emocional, me habían hecho pensar, que en realidad mi vida no tenía valor alguno.

Nadie tira a la basura algo que considera de valor, y yo pretendí acabar con mi vida. Creo que eso alcanza para expresar lo que llegué a sentir por mí mismo. En realidad, las tinieblas no me permitían juzgar rectamente mi valor, porque al recibir la gracia del Señor, comprendí que Él había pagado más que todo el oro del mundo por mí.

En mi libro, desarrollo el tema, considerando la vida de la pecadora que se acercó a Jesús con un frasco de perfume en la casa de Simón el fariseo (**Lucas 7:36 al 50**). Esa mujer, no era alguien de prestigio, ni conocía teología como Simón. Los hombres pagarían miserables monedas para usar su vida sexualmente. La sociedad misma, no le asignaría valor alguno. Sin embargo el Señor, la honró, la perdonó y le sugirió guardar parte de su perfume para el día de Su sepultura, dándole a entender que también moriría por ella.

Yo me supe como esa pecadora. El día que conocí al Señor, me conmovió la forma en la cual, me llenó de Su amor. Yo no me sentía digno y estuve durante meses, sin poder salir de un estado de quebranto absoluto. No podía hacer o decir nada referente al Señor, porque lloraba con gran emoción.

En mis oraciones, comencé a decirle que me perdone, que me perdone, una y otra vez. Yo sabía que me había perdonado y ese era mi gran quebranto, pero a la misma vez, no terminaba de creer que me pudiera perdonar tanto, que me pudiera amar tanto, sin ser digno de tal amor.

Cuando Pedro conoció al Señor, estaba tratando de pescar, y el Señor le dijo como hacerlo. Pedro, al ver la cantidad de pescados, cayó de rodillas y dijo al Señor: *“Apartate de mí que soy un hombre pecador...”* (**Lucas**

5:8). Es curioso que ante semejante milagro, no le pidiera entrar en sociedad con Él. Alguien con semejante poder, podría hacer muy rentable su negocio de la pesca.

Pedro hizo todo lo contrario, porque pasó de no creer, a observar su propia condición. *“Apartate de mí...”* es sinónimo de *“No soy digno...”* *“No merezco estar ante Tu presencia...”* *“Quién soy yo para tal cosa...”* Bueno, así me sentí durante mucho tiempo después de haber conocido al Señor. Cuando uno se mide como alguien de gran valor, tal vez puede llegar a considerarse digno de ser oído, de ser perdonado y de ser escogido por el Señor, pero cuando uno no tiene estima propia, tan solo llega a pensar que no es digno del amor de nadie, y mucho menos de Dios.

Incluso recuerdo que un día, el Señor me dijo: *“Debes creermme que ya te perdoné...”* Sinceramente sentía que Su gracia era tan maravillosa, que ante otras personas, yo no parecía una opción para Dios. Sin embargo, con los años también comprendí, que justamente de eso se trata la gracia del Señor.

Los seres humanos, somos propensos a tener medidas falsas de nosotros mismos. Mientras que algunos llegan a creer que no valen nada, tal como me pasó a mí, otros llegan a pensar que son muy especiales y de un valor incalculable. Los primeros, dejan ver las heridas de algunas dolorosas experiencias de vida. Los segundos, solo caen en la red del

orgullo personal y se miden a sí mismos como de gran valor, pero al final, unos y otros terminan con medidas equivocadas.

Cuando conocemos al Señor, Él comienza a trabajar en nuestro corazón. A los heridos los sana y les habla para que puedan comprender el amor del Padre. A los orgullosos los quebrantará si es necesario, para que comprendan que no son tan dignos como creen. En Cristo, todos vamos recuperando el equilibrio del justo valor de la vida en Él.

Pedro fue un pescador que no se sintió digno del Señor, y Saulo fue un fariseo cargado de orgullo. Sin embargo, a los dos el Señor les entregó una regla y los fue llevando por el camino de la verdadera humildad. Pedro, ante esta revelación escribió:

***“Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los
soberbios, y da gracia a los humildes”***

1 Pedro 5:5

Algunos creen que humildad solo es menospreciarse, pero eso no es así. Humildad es una virtud humana atribuida a quien ha desarrollado conciencia de sus propias limitaciones y debilidades, y obra en consecuencia. La humildad es producto de aceptar una regla justa y medirse con plena conciencia y aceptación. También es un valor

opuesto a la soberbia y el orgullo, pecados que fueron capaces de derribar al mismo Lucifer.

En el evangelio de **Lucas** capítulo **15**, tenemos tres parábolas diferentes, la de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo perdido. Yo creo, que más allá de las riquísimas enseñanzas que contienen estas parábolas, tenemos en ellas, tres dimensiones de la evolución espiritual después de recibir la gracia del Señor.

La primera parábola nos ilustra a una oveja perdida, indefensa e incapaz de cuidarse por sí misma. Vemos al pastor que la busca, la encuentra y la ampara con autoridad. Nunca más esa oveja estará sola, descuidada o en peligro. Sin dudas esa parábola despierta un gran sentido de seguridad y paz, por causa de la salvación.

La segunda parábola nos muestra a una moneda perdida. Lo cual implica que no tiene utilidad, está perdida y no puede ser utilizada, pero eso no significa que esté devaluada. Así también éramos nosotros, estábamos perdidos y no teníamos propósito, pero en Cristo, recuperamos todo potencial. Para Dios, aunque estábamos perdidos, valíamos mucho de verdad, Una vez hallados, debemos recobrar una mentalidad de propósito.

En la tercera parábola, encontramos al hijo pródigo, aquel que le pidió la herencia a su padre y la malgastó.

Luego, tomando consciencia volvió a la casa del padre en busca de pan. Sin embargo, se encontró con la gracia y el amor del padre, que lo recibió con vestido nuevo, sandalias nuevas y anillo de autoridad.

Estas parábolas nos permiten comprender que fuimos hallados y puestos al cuidado del Señor. Que al estar perdidos, ignorábamos nuestro verdadero valor, y que somos hijos, no practicantes de una religión. Aquí tres medidas fundamentales que debemos evaluar respecto de nosotros mismos.

Primero la medida de nuestra seguridad. No debemos olvidar nunca que estamos en las manos del buen pastor. Hubo peligro para nosotros, pero ya estamos a salvo y nadie nos arrebatará de Su mano (**Juan 10:28**). No debemos medir nuestra salvación por nuestras obras, sino por las obras consumadas de Cristo.

Recuerdo cuando era un joven evangelista, fui confrontado por un pastor, porque yo predicaba sobre la seguridad de nuestra salvación. Este pastor me dijo irónicamente: “Que bárbaro, que seguro que estás vos de tu salvación, realmente te felicito...” Yo comprendí con tristeza su ironía, y le expliqué que si no estuviera seguro de mi salvación, no podría predicar a otros respecto de ella.

“Hazme saber, Jehová, mi fin,

*Y cuánta sea la medida de mis días;
Sepa yo cuán frágil soy”.*
Salmo 39:4

Todos vamos a morir, y no sabemos cuándo, pero sí podemos estar seguros de nuestra salvación. Muchas personas me han preguntado si la salvación se pierde y yo siempre digo: La salvación es otorgada por gracia divina, no se puede perder como quién pierde una llave. Jesús enseñó:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”

Juan 5:24

Posiblemente, esta declaración sea una de las más extraordinarias que pueda encontrarse en la Biblia respecto a la seguridad de la salvación. El creyente ha recibido la vida eterna, y no estará expuesto a juicio o condenación. Además, el Señor Jesús dijo: **“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí” (Juan 6:37)**, es decir que todos aquellos a quienes Dios escogió soberanamente somos de Cristo, y nunca seremos de las tinieblas.

Lo cual no habla solamente de la gracia soberana de Su elección divina, sino que además Jesús dejó en claro que esto no debería refrenar a nadie respecto de venir a Cristo

por su propia elección, al menos si alguien pudiera tal cosa, porque nuestro Señor continuó diciendo en ese mismo versículo: **“y al que a mí viene, no le echo fuera”**.

Entonces el Señor Jesús dijo: **“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero”** (Juan 8:38 y 39). Todos los que han sido escogidos para salvación, todos los que vienen a Jesucristo, serán resucitados en la gran resurrección que precede a su regreso a la tierra.

Todos quienes hemos creído en Cristo seremos resucitados a la plenitud de la vida eterna. Esta es la voluntad del Padre y la promesa de la Palabra de Dios. Más adelante, en el Evangelio de Juan, el Señor Jesús dijo: **“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”** (Juan 10:27 al 29).

Estos versículos nos enseñan que podemos descansar de manera segura en las manos de nuestro Señor Jesucristo, las cuales a su vez están sujetadas fuertemente por la perfecta voluntad del Padre. Es verdad también, que algunos sugieren que, mientras Dios nos sostiene en sus manos, tal vez nosotros podamos saltar o caer de ese asidero

celestial, pero yo no creo que eso pueda ser así. Dios hizo un juramento con respecto a este fin y el mismo Dios que nos salvó, es el mismo Dios que nos guardará para alabanza de Su gloria.

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”

Hebreos 6:17 y 18

Es claro que Dios no necesita jurar por nada, ni por nadie, sin embargo Él está determinado, no solo a que podamos creer, sino a que vivamos en paz con Sus promesas. Puesto que no hay nada ni nadie más grande que Dios, y Él juró por sí mismo (**Hebreos 6:13**), creo que podemos estar seguros de Sus Palabras.

Su intención fue proveernos de un “fortísimo consuelo” (**Hebreos 6:18**), esta frase traducida del griego se puede interpretar como si el juramento del Señor, fuera para nosotros una gran fuente de consolación y confianza. La versión NVI dice: ***“Lo hizo así para que, mediante la promesa y el juramento, que son dos realidades inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta,***

tengamos un estímulo poderoso los que, buscando refugio, nos aferramos a la esperanza que está delante de nosotros”.

Esto de los que buscan refugio, lo menciona haciendo alusión a las ciudades del Antiguo Testamento que Dios había provisto para la gente que buscaba protección de sus vengadores por una muerte accidental (**Números 35:9 y Deuteronomio 19:2 y 3**). Este es el mismo concepto de protección que pretenden estos versículos.

El Señor puede sostenernos, aun cuando corramos a Él, desesperados en busca de refugio. ¿En qué manera práctica podemos correr a Él? Asiéndonos de la esperanza puesta delante de nosotros. ¿Cuál es esa esperanza? Cristo mismo (**1 Timoteo 1:1**), y el evangelio que Él trajo (**Colosenses 1:5**). Si has de tener una fuerte confianza y una firme esperanza, debes buscar refugio en Dios y abrazar al Señor Jesucristo, quien es la única y segura esperanza de salvación.

Esta seguridad, debe permitirnos medir de manera diferente, la gracia del Señor y nuestros días sobre la tierra. Los cristianos debemos dejar de huir de la muerte como si fuera la gran maldición del mundo, cuando en realidad, para nosotros es el cumplimiento de la esperanza, la consumación de las promesas, y es el paso a la vida gloriosa en la dimensión espiritual.

En segundo lugar, estas parábolas despiertan en nosotros la justa medida de nuestra autovaloración. La moneda perdida no estaba devaluada, solo estaba perdida. Cristo nos demostró lo mucho que valemos para Él y pensar menos de nosotros mismos, no sería un acto de justicia. Debemos tener en claro que el Señor no fue estafado cuando pagó mucho por nosotros. Debemos creer que hizo el mejor de todos los negocios.

Por otra parte, debemos asumir eso con humildad, porque pensar de nosotros, lo mucho que valemos y no reconocer la gracia de Dios al respecto, no es otra cosa que un acto de orgullo, disfrazado de buen entendimiento.

En realidad, las Escrituras dejan claro que Dios aborrece el orgullo y la arrogancia (**Proverbios 8:13**). Como mencioné anteriormente, ese fue el orgullo lo que convirtió a Lucifer en Satanás. **Isaías 14:13 y 14** describe el impresionante enfoque de Satanás en su propio yo: *“Subiré... levantaré... me sentaré... subiré... seré semejante al Altísimo...”* Este es un ejemplo perfecto de quién se mide a sí mismo de manera incorrecta, lo cual es muy peligroso porque a la soberbia que precede a la destrucción (**Proverbios 16:18**).

En el siguiente versículo de Isaías vemos dónde le llevó la soberbia a Satanás: *“Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo”*. Incluso Jesucristo reiteró

que el destino de los orgullosos solo puede ser de fracaso, advirtiéndolo que ***“el que se enaltece será humillado”*** (Mateo 23:12). Claramente, un ego exaltado y su enfoque en el yo, no concuerdan con el llamado cristiano a la humildad. Más bien, es la antítesis de lo que debe caracterizar a los verdaderos hijos de Dios.

Un corazón humilde no da lugar al ego, al orgullo o a la arrogancia, porque reconoce que todo lo que tenemos y todo lo que somos viene de Dios, tal como recordó Pablo a los corintios: ***“Porque ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”*** (1 Corintios 4:7). Todos los dones, los talentos y cada respiro que damos provienen de Dios, al igual que nuestro don más preciado, la salvación (Efesios 2:8 y 9).

“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”.

Romanos 3:27 y 28

Jesucristo es el ejemplo perfecto de humildad, Él mismo dijo: ***“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”*** (Mateo 11:29). De hecho, Jesús dijo no venir a la tierra para ser servido, sino para

servir, *“se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo”* (**Filipenses 2:7**). Incluso también podemos verla humildad de Jesús, en la expresión de total abnegación dicha en el huerto de Getsemaní, cuando dijo al Padre: *“pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (**Mateo 26:39**), y también demostró su entrega al día siguiente, cuando soportó humildemente las torturas sin abrir su boca, y el lento tormento de la cruz.

Jesús también nos enseñó que los mandamientos más importantes eran amar a Dios con todo el corazón, el alma y la mente y amar al prójimo como a uno mismo (**Mateo 22:37 al 39**). Cuando nos esforzamos por cumplir estos mandamientos, bajamos la vara de medirnos a nosotros mismos como lo más elevado, y ajustamos nuestra posición conforme a la verdad.

Por último diría que la tercera medida fundamental que debemos aprender e esas parábolas de **Lucas 15**, es la de nuestra autoridad y gestión de gobierno. El apóstol Pablo escribió: *“Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo”* (**Gálatas 4:1 al 3**).

La vida de Reino, no está basada en nuestro poder, sino en la voluntad del Padre. No es gobernar cosas, sino estar bajo el gobierno de Dios. Cuando somos inmaduros espiritualmente, no tenemos la capacidad de administrar nuestra posición en Cristo. La medida de nuestra gobernabilidad es la medida de nuestra madurez espiritual.

Cuando los hermanos actúan como niños espirituales, cayendo una y otra vez en absurdos conflictos, demuestran no tener la capacidad de gestión espiritual. Algunos de estos hermanos, se miden en Cristo y aun quieren pelear con las tinieblas, pero solo son como niños queriendo ir a la guerra.

Debemos aprender que tenemos una medida real y verdadera en Cristo. Medida que ha sido establecida por Su obra y no por la nuestra. Pero tenemos otra medida que es la personal y que está basada en nuestro desarrollo espiritual. Debemos tener mucho cuidado de no medirnos en Cristo y terminar funcionando con inmadurez espiritual.

Lo ideal es reconocer nuestra comunión y posición en Cristo, pero ser conscientes de nuestro desarrollo espiritual. Debemos trabajar para avanzar a la madurez y actuar equilibradamente entre la verdad que fundamenta nuestra fe y la realidad de nuestra condición. Si comprendemos, tal como ese hijo pródigo, su mala gestión,

lejos de la autoridad de su padre, no procuraremos jamás alejarnos del gobierno de nuestro Padre celestial.

“El Señor dio esos dones para preparar a su pueblo santo para el trabajo de servir y fortalecer al cuerpo de Cristo. Este trabajo debe continuar hasta que estemos todos unidos en la misma fe y en el mismo conocimiento del Hijo de Dios. Debemos seguir creciendo hasta que seamos maduros como Cristo y compartamos su perfección”.

Efesios 4:12 y 13 PDT



Capítulo tres

MEDIDAS DE JUICIO

“Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, se os medirá”.

Mateo 7:2

La mayoría de los cristianos, creen que no debemos juzgar a nadie, o que juzgar simplemente es un pecado, pero en realidad Jesús también enseñó: ***“Juzgad con justo juicio” (Juan 7:24)***. En realidad lo que relata Mateo se encuentra en el contexto de lo que Dios quiere que se haga primero, es decir, que seamos capaces de hacer un autoexamen antes de hacer cualquier juicio de valor, porque solo si estamos bien seremos capaces de juzgar correctamente.

Esto no implica directamente juzgar personas, pero sí debemos juzgar palabras, hechos, situaciones o intenciones de las personas. Pablo preguntó: ***“¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de la vida?” (1 Corintios 6:3)***. Juzgar las cosas de la vida,

implica juzgar todo lo que surja a través de nuestro entorno, y sin dudas eso involucra a las personas.

En realidad, cuando Jesús dijo que con el juicio con el que juzguemos, seremos juzgados, y con la medida con que midamos, seremos medidos, estaba dirigiéndose principalmente a los religiosos, a quienes les encantaba pasar juicio sobre todas las personas. Esto es algo casi lógico, porque la religiosidad está afincada en el orgullo y una de las características de todo ser orgulloso es el juzgar continuamente a otros, generalmente con la medida equivocada de su propia auto valoración.

Los cristianos atrapados por la religiosidad, estudian mucho la Palabra y se esfuerzan por vivir sus demandas, lo cual parece muy bueno, pero en realidad, lo hacen sin comprender las debilidades de su humanidad y la dependencia de la gracia que deberían tener. Esto los lleva a creer que son justos como resultado de sus obras y se sienten orgullosos de eso. Luego se comparan con otros y sienten envidia de quienes parecen actuar mejor que ellos, y juzgan duramente a quienes no producen los frutos que ellos creen producir.

En los días de Jesucristo, los religiosos despreciaban a los pecadores, a la vez que relacionaban la devoción y el cumplimiento de la Ley, con el prestigio social. El orgullo de los religiosos no era patrimonio de unos pocos

integrantes de una congregación, sino que era algo públicamente reconocido y aceptado, por eso Jesús dijo:

“Todo eso lo hacen para que la gente los vea y los admire. Por eso escriben frases de la Biblia en papelitos que guardan en cajitas de cuero, y se las ponen en la frente y en los brazos. Cada vez hacen más grandes esas cajitas y los flecos que le ponen a la ropa, para que la gente piense que son muy obedientes a Dios. Cuando van a la sinagoga o asisten a fiestas, les encanta que los traten como si fueran los más importantes. Les gusta que la gente los salude en el mercado con gran respeto, y que los llame maestros”.

Mateo 23:5 al 7 BLS

Claramente las actitudes de los religiosos estaban cargadas de orgullo e hipocresía. Eso fue lo que Jesucristo criticó, hablándoles duramente y confrontándolos con la forma en la cual lo juzgaban a Él. De hecho, les dijo que lo querían matar, pero ellos, no solo no reconocieron eso, sino que lo acusaron de estar bajo la influencia de demonios (**Juan 7:20**).

En realidad, siempre lo juzgaron mal. Quisieron matarlo el primer día que se presentó en la sinagoga, lo persiguieron con críticas durante los tres años de Su ministerio, y lo terminaron acusando falsamente ante los romanos para que lo crucificaran. El Prefecto romano de

Judea, llamado Poncio Pilato, no creyó que Jesús fuera un reo de muerte, y por tal motivo se lavó las manos. Tratando de evitar un conflicto con los judíos solo aprobó la sentencia, pero quienes juzgaron a Jesús, fueron los religiosos.

Ellos juzgaron a Jesús con toda liviandad y a la misma vez con gran dureza. No consideraron la posibilidad de que pudiera ser quién decía ser, sino que se apuraron a emitir juicio de muerte. Lo acusaron de blasfemo, de falso profeta, de mentiroso, de emisario de Satanás, y llegaron a pensar que era lo suficientemente peligroso como para matarlo. Fue ante esta gente, que Jesús dijo que no había que juzgar de manera incorrecta.

Fue a ellos a quienes describió como ciegos y guía de ciegos, fue a ellos quienes les dijo que no podían sacar la paja del ojo ajeno, sin sacarse primero la viga que tenían atravesada en sus ojos (**Mateo 7:5**). Fue a ellos, a quienes les cuestionó la manera de juzgar al prójimo. No dirigió sus palabras a quienes habríamos de recibir Su gracia, pero no cabe ninguna duda que debemos valorar esa enseñanza y tomar nota, evaluando nuestra actitud al respecto en todo momento.

No debemos caer en extremos, tal vez en muchas ocasiones, podamos sentirnos cohibidos de juzgar situaciones, conductas, palabras o acciones de otros, porque

tenemos presentes las palabras del Señor, respecto de no juzgar, pero si interpretamos bien Sus enseñanzas y escudriñamos las Escrituras con mayor profundidad, veremos que hay un montón de pasajes en los cuales el Señor nos exhorta a juzgar diferentes situaciones.

Curiosamente, uno de los versículos que primero se nos viene a la mente es ese de no juzgar a nadie, pero en realidad, ese solo es un concepto, entre decenas de versos donde el Señor dice que tenemos que juzgar con rectitud. En todo caso, no es que no debemos juzgar, sino que debemos hacerlo apropiadamente (**Juan 7:24**).

“Juzgar”, en la Biblia, no solo significa sentarse como juez y emitir sentencias, sino que también se refiere a discernir, hacer diferencia entre lo bueno y lo malo: ***“¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”*** (**Lucas 12:57**). A la luz de esta verdad que la Palabra nos revela, podemos entender muy bien lo siguiente: no solo podemos juzgar, sino que juzgar es nuestro deber delante de nuestro Padre que es Juez.

Puesto que estamos en un mundo totalmente corrompido respecto de los valores, lleno de engaños y engañadores, es nuestro deber a diario juzgar rectamente entre la verdad y la mentira. Y por supuesto, la única manera de hacerlo de manera efectiva, es medirlo todo por medio de la Palabra de Dios.

De otra manera, si no juzgamos todas las cosas a la luz de la Biblia, ¿Cómo podemos saber que lo estamos haciendo rectamente? No hay manera alguna, porque solo la Biblia nos revela el contraste verdadero entre lo bueno y lo malo. Todos podemos tener ideas y razones, pero solo la verdad de Dios vuelve confiable un juicio.

Juzgar es tanto discernir como emitir sentencias, y los cristianos debemos hacerlo siempre con el propósito de glorificar a Dios, y nunca con el fin de condenar a nadie. Cuando juzgamos con justo juicio estamos proclamando la justicia y la misericordia de Dios, estamos proclamando la verdad de la Palabra de Dios mientras nosotros mismos nos sujetamos a Ella en humilde obediencia. Juzgar no es otra cosa que imitar a nuestro Señor Jesucristo.

Decir que algo es pecado no es emitir juicio de condenación sobre las personas, sino señalar la verdad en la esperanza de que esa persona proceda al arrepentimiento (**Santiago 5:20**). Cuando a Jesús le trajeron una mujer sorprendida en adulterio (**Juan 8:1 al 11**), no condenó a la persona, pero sí dijo que no pecara más. Por lo tanto, juzgar una causa, no es mandar a la persona al infierno, es señalar con amor que lo que hace o hizo no es correcto.

Esta actitud de amor, no solo debe regir las conductas de nuestra vida ante la sociedad, sino también en el ámbito de la Iglesia. Jesús también dijo: *“Así que, ¡cuídense! Si tu*

hermano peca, repréndelo: y si se arrepiente, perdónalo”. (Lucas 17:3). Esto no significa que andemos para todos lados interviniendo en la vida de las personas, simplemente habrá ocasiones en las cuales será necesario hablar, pero habrá muchas otras ocasiones que solo hay que hacer silencio y orar. Ante el criterio de juicio, solo puedo decir, que no hay versículo que lo produzca. Cuando alguien es imprudente o necio se meterá en constantes conflictos, y cuando alguien opera en la sabiduría de Dios, siempre obrará para la gloria del Padre.

Jesús nunca dejó pasar un pecado sin identificarlo claramente, pero tampoco rechazó a alguien a causa de su pecado. Por el contrario, le llamaban amigo de pecadores (Mateo 11:19), y no precisamente por su tolerancia a las malas acciones. Recordemos lo que le dijo a la mujer samaritana: ***“Bien has dicho: No tengo marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; en eso has dicho la verdad”*** (Juan 4:17 y 18), pero nunca la denigró, ni la condenó, por el contrario, la llevó por el camino de la verdad, para hablarle de verdadera adoración y de la vida del Espíritu.

Hoy en día, algunos cristianos han llegado a ser muy buenos identificando las fallas morales de los demás, sin tener en cuenta sus propias faltas. Al final, la arrogancia les apaga la revelación de la gracia que los estableció, y

terminan juzgando como si ellos fueran justos por obras y elección personal.

Cuando esto sucede, no solo identifican al pecador, sino que califican la gravedad de sus pecados. No es lo mismo para ellos, un empresario atrapado por la ambición, que una prostituta o un homosexual. Es verdad que los pecados sexuales, pueden llegar a ser destructivos para algunos aspectos fundamentales de la personalidad humana, pero no producen más condenación que la codicia, la vanidad o el orgullo. Sin embargo, para la justicia religiosa no es lo mismo recibir a un empresario corrupto que a una prostituta.

El Señor Jesús, no nos enseñó a ignorar las dimensiones del pecado, a las cosas debemos llamarlas por su nombre, pero nunca debemos hacerlo fuera de la revelación de la gracia. Esto sin dudas es todo un desafío al criterio de nuestra sabiduría espiritual, porque debemos considerar la gracia que nosotros recibimos como pecadores, y la gracia que podrían recibir los individuos en cuestión. Lo que no debemos hacer, es utilizar las riquezas de la gracia para justificar acciones fuera de la obra integral de Cristo.

La medida de la gracia del Señor es ilimitada, pero solo cuando Él la aplica como Soberano. Nosotros no podemos otorgar gracia a nadie, y mucho menos para

justificar la continuidad de una vida pecaminosa. Haber recibido la gracia del Señor es algo único y glorioso. Eso nos trasladó de las tinieblas a la luz, al llevarnos a la cruz como pecadores y hacernos resucitar en Cristo, para una vida nueva y santa.

Esto no se produjo por méritos nuestros, sino por la obra integral del Señor. No podemos ante tal privilegio, actuar como si fuéramos superiores a otros que todavía son víctimas del flagelo de las tinieblas. Incluso no debemos ignorar el hecho de que la redención consumada en el Calvario, aun es un proceso para la práctica de nuestra fe.

Mientras habitemos un cuerpo de muerte, bajo la acechanza de una ley llamada pecado (**Romanos 8:2**), no debemos bajar la guardia, porque somos absolutamente dependientes de la ley del Espíritu de vida en Cristo, quién nos libra para la victoria. No es nuestra fuerza, y no son nuestras buenas intenciones, es la gracia, que por medio de la fe nos permite vivir en Él.

Mientras tengamos la diaria tarea de despojarnos del viejo hombre que está viciado (**Efesios 4:22**), no debemos considerarnos en absoluta plenitud. Obviamente eso llegará, porque es nuestra esperanza, pero vamos en pleno viaje. Nosotros somos perfectos en Cristo, y eso nos posiciona para una vida de Reino, pero la dependencia y la

entrega debe ser permanente, porque todavía tenemos un cuerpo de muerte y un alma en pleno proceso de redención.

El Señor dijo: **“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres...” (Juan 8:32)**, y nosotros no podemos decir que conocemos toda la verdad, porque la verdad no son conceptos impresos en un libro, la verdad es una persona llamada Jesucristo. Conocerlo no es el resultado de un encuentro, sino de un proceso de comunión constante.

El tema, es que si la libertad es el resultado de conocer la verdad y no podemos decir que la conocemos toda, podemos llegar a la conclusión de que la medida de nuestra libertad, siempre será proporcional a la verdad que se nos haya revelado. Por lo tanto estamos en pleno proceso para ser hallados en Él de manera absoluta, y no debemos juzgar a otros, tal como si lo nosotros lo hubiéramos alcanzado todo.

Cuando los cristianos se ven perfectos en Cristo, es porque han entendido la gracia y pueden funcionar por la fe en ella. Sin embargo, cuando se ven perfectos en sí mismos es porque no han entendido la dependencia absoluta en la gracia del Señor, y seguramente juzgarán con medidas humanamente imperfectas. Lo cual solo producirá injusticias en el seno de la Iglesia. El ámbito en donde solo debe reinar la verdad. El apóstol Pablo le escribió a Timoteo lo siguiente:

“Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad”.

1 Timoteo 3:14 y 15

La Biblia nunca llama Iglesia a un edificio material, edificado con ladrillos, sino que bíblicamente la Iglesia está compuesta de hombres y mujeres lavados por la sangre de Jesucristo. Nosotros no vamos a la iglesia, nosotros somos la iglesia, y no podemos ir a nosotros mismos. Nosotros somos la casa de Dios, Él no habita en edificios hechos por mano de hombres. Nosotros somos el templo del Dios viviente. Así que es de vital importancia que extrememos los cuidados respecto de nuestra forma de juzgar, ya que las medidas que utilicemos serán también aplicadas sobre nosotros.

La iglesia del Dios viviente, dice Pablo a Timoteo, es columna y baluarte de la verdad. Esta iglesia, en la comprensión del apóstol, es la columna que sostiene la verdad. ¿En dónde? Para el desarrollo de sí misma y para ser operativa en la sociedad que la contiene.

***“Se arruinaban la tierra y sus moradores;
Yo sostengo sus columnas”.***

Salmo 75:3

Los países se están arruinando, se están desmoronando en medio de la oscuridad de estos días. La ciencia ha tenido un aumento exponencial, pero las buenas costumbres, la ética y la moral, están cayendo en picada. Hay una crisis que se ha acelerado de manera vertiginosa, la sociedad actual se está degradando, pero Dios dice **“yo sostengo sus columnas”**.

Es cierto que hay cosas que se pondrán peor, pero en la abundancia del pecado, debe sobreabundar la gracia (**Romanos 5:20**), y aunque tinieblas cubran la tierra y oscuridad las naciones, sobre la Iglesia debe amanecer la luz del Señor (**Isaías 60:2**). Estamos entrando en un tiempo extremadamente difícil y la Iglesia debe asumir la responsabilidad espiritual, de portar la verdad con toda devoción.

Esto suena muy mal para las personas, pero es entendible, ellos respetan la relatividad de las razones personales, y la Iglesia solo se desarrolla en la verdad absoluta que es Cristo. Como expresé en el primer capítulo, cualquiera que se arroba en la posesión de la verdad absoluta, puede ser tildado de extremista y eso es entendible en un mundo sin luz, pero nosotros recibimos la vida de Cristo y Él es la luz de los hombres. Cuando vemos, como no comprender y caminar en la verdad.

“No saben, no entienden, andan en tinieblas;

Tiemblan todos los cimientos de la tierra”.

Salmo 82:5

La sociedad se deteriora, pero hay una esperanza. Es la iglesia del Señor, columna y baluarte de la verdad. A través de nosotros Dios dice: **“yo sostengo sus columnas”**. Dios, en su misericordia, todavía está visitando las naciones, y ha prometido en los postreros días derramar su Espíritu sobre toda carne, por amor de los pueblos. Para hacerlo, Él visitará primero Su iglesia, porque el juicio debe comenzar primero por la casa (**1 Pedro 4:17**).

Entonces la levantará, y la renovará, al permitirle interpretar correctamente el evangelio del Reino y la llenará con su Espíritu, afirmándola como columna en una sociedad, que tendrá la última gran oportunidad de arrepentirse, porque Dios aún tendrá misericordia de ella.

“Pero gracias a Dios, que en Cristo siempre nos lleva en triunfo, y que por medio de nosotros manifiesta en todo lugar la fragancia de su conocimiento”.

2 Corintios 2:14



Capítulo cuatro

LAS MEDIDAS FINANCIERAS DEL REINO

“Dad, y os será dado; medida buena, apretada, remecida y rebosante, vaciarán en vuestro regazo. Porque con la medida con que midáis, se os volverá a medir”.

Lucas 6:38

El dinero y los bienes materiales están en la mente y el interés de todos. Eso puede ser lógico en la sociedad actual, pero debemos tener mucho cuidado con eso, porque Pablo enseñó a Timoteo, que la raíz de todos los males es el amor al dinero (**1 Timoteo 6:10**). Esto no significa que el dinero es malo, o que no debemos procurarlo, sino que Pablo advierte respecto de las malas conexiones con el dinero.

Las finanzas están para servirnos, no para que las amemos. El amor es algo muy trascendente y se basa principalmente en dar. Mucha gente da su tiempo, su salud y su felicidad a cambio de dinero, evidenciando el amor y

el afán por obtenerlo. Esto no implica que esté mal trabajar, yo me refiero a la enfermiza esclavitud que hoy vemos claramente en una sociedad tan materialista como la actual.

Estas cosas no son inocentes porque permean la Iglesia, ya que les resulta muy difícil a los cristianos, vivir al margen de la cultura de hoy. Cuando esto ocurre, los hermanos son capaces de recibir cualquier exhortación, o mensaje que los llame al compromiso, pero no reciben fácilmente mensajes dirigidos a enseñar sobre cómo aplicar los principios espirituales del dinero.

Esto es muy contradictorio y revelador, porque a la misma vez que no desean recibir enseñanzas respecto de las finanzas del Reino, el mayor problema que expresan es el financiero. Salomón dijo que *“el dinero sirve para todo”* (**Eclesiastés 10:19**), lo cual implica que sin dudas la condición financiera puede afectar el desarrollo y el bienestar personal y familiar.

No estoy diciendo que una persona sin dinero estará mal espiritualmente, o que no tener dinero es el resultado de una mala condición espiritual. No estoy expresando eso. La dinámica de la sociedad actual, hace necesaria la utilización del dinero para toda expansión. La carencia del mismo, puede afectar los tiempos y los diseños divinos. Si la Iglesia desvincula los recursos con el propósito puede cometer un grave error.

En la época del rey Saúl, no había entre los israelitas quien trabajara el hierro. Los filisteos no se lo permitían, por temor a que se hicieran espadas y lanzas de ese metal. Ni siquiera tenían cómo afilar sus arados, azadones, hachas y picos. Por eso tenían que ir al país de los filisteos y pagarles mucho dinero para que les afilaran sus herramientas. Esto generó un gran problema y el día en que el pueblo tuvo que salir a la batalla, los únicos que tenían una espada y una lanza eran Saúl y su hijo Jonatán (**1 Samuel 13:19 al 23**).

En esta historia podemos ver claramente, que el pueblo podía contar con la bendición y el poder de Dios, sin embargo, en esa época también eran necesarias las espadas para enfrentar un sistema tan hostil. Hoy no necesitamos espadas, pero la hostilidad del sistema se enfrenta con finanzas, porque es la única forma de avanzar. No se pueden obtener medios de comunicación o instalaciones adecuadas, tan solo cantando canciones o hablando en lenguas. Necesitamos recursos financieros.

Por la gracia del Señor, yo he podido visitar varias naciones, llevando las enseñanzas que Dios me ha encomendado. Yo no podría hacer nada de eso, si no hubiera finanzas para costear un viaje, una estadía o un evento bien organizado. Las finanzas no son el objetivo del Reino, pero son el medio para hacer algunas cosas con excelencia.

Algunos hermanos tratan de vincular lo financiero solo a lo natural, y se creen más espirituales al no mencionar el tema, pero eso no solo es un acto de ignorancia, sino que revela los problemas que tienen. Quienes reaccionan así, generalmente son orgullosos, avaros, egoístas, y con escasa madurez espiritual verdadera.

Nuestra prosperidad no está determinada por el tamaño de una billetera o cuenta bancaria, sino por nuestro corazón. Dios no tiene problemas con nuestro tener, sino con nuestro ser. Es por eso, que Dios no solo ha permitido que la Biblia contenga muchísimas enseñanzas sobre las riquezas, sino que además no dejará de tratar con nosotros de manera individual para que comprendamos cómo debemos conectarnos con los recursos que Él desea otorgarnos.

Hay algunas personas que manejan muy bien su prosperidad utilizando sus recursos para bendecir a sus semejantes y para edificar el Reino, mientras que muchas otras enfrentan grandes dificultades por causa del materialismo. La mentalidad se manifiesta por los hechos, así como el rostro se refleja en el agua, el corazón refleja a las personas tal como son. Eso inevitablemente se manifestará por medio de las acciones (**Proverbios 27:19**).

La manera en que los cristianos debemos administrar nuestros bienes, difiere radicalmente de la manera en que

los incrédulos administran los suyos. La manera cristiana de administrar las finanzas debe ser por medio de dar, mientras que los incrédulos lo hacen por medio de acumular. Esto no significa que no podamos tener bienes materiales o ahorros de dinero, significa que nuestro compromiso debe ser medir todo por medio del propósito.

Es decir, si caminamos en el propósito divino, si gestionamos la fe en la perfecta voluntad de Dios, no tendremos falta de ningún bien necesario para tal fin. Sin embargo, si el egoísmo toma posesión de nuestra administración, podemos caer en el alto riesgo de perder lo que Dios nos haya preparado.

Hoy todos estamos muy enfocados en ver cómo cubrir toda necesidad y cómo concretar proyectos. Dios nos ha prometido que si buscamos primeramente el Reino, no nos faltarán los bienes necesarios en esta tierra. De hecho, Jesús nos enseñó que las aves del cielo no carecen de comida y a las flores del campo no les falta el vestido, y que así mismo, los hijos de Dios no tendremos falta de ningún bien. En el Reino el vestido y el alimento están absolutamente incluidos (**Mateo 6:25 al 34**).

Esto también nos permite ver, que si un hijo de Dios, padece necesidades de manera continua, es porque sufre de algún motivo que lo está provocando. Si un hermano está en aprietos económicos, puede ser por dos causas

fundamentales, o está en medio de un proceso para ser promocionado, o no está administrando sus bienes en conformidad con los principios que Dios estableció.

Siempre aclaro que yo no creo en el evangelio de la prosperidad, pero creo que el evangelio del Reino prospera. Considerando que prosperidad no es tener mucho porque sí, sino tener todo lo necesario para la consumación de nuestro propósito.

Para entrar en las dimensiones financieras del Reino, no es necesario dar todo de manera literal como el joven rico, sino aprender a entregar todo a Dios en el corazón. La gente natural se desespera por tener la capacidad de acumular bienes y poder demostrar que les pertenecen. Los hijos de Dios, sabemos que todo es de nuestro Padre y no nos desesperamos por poseer, porque en Cristo, tenemos todo lo necesario para la consumación del propósito en Él.

En otras palabras, si vivimos bajo el gobierno de Dios, y debemos hacer algo en esta tierra, no nos faltarán recursos para lograrlo. Esa es nuestra fe, por eso Jesús nos enseñó a no afanarnos por las cosas materiales (**Mateo 6:25**). Sobrecargarnos de cosas que no contribuyan a nuestro diseño de vida en Cristo, no es prosperidad de Reino, incluso puede llegar a ser un gran impedimento.

En el Reino de Dios, no es más rico el que tiene muchas pertenencias, sino el que menos necesidades tiene para concretar lo que Dios le ha enviado a realizar. Noé no necesitó campos o propiedades, sino un arca para enfrentar el diluvio. Abraham no necesitó más tiendas y más ovejas, sino un hijo para impartir su bendición. Moisés necesitó una vara, Elías un manto y Jesucristo una cruz.

Pablo tuvo que ir a Roma y no lo llevaron en primera clase, pero llegó. Cuando caminamos bajo el gobierno de Dios, seremos sorprendidos al ver cómo opera su multiforme gracia. Tal vez no vengan las cosas que esperamos, pero sin dudas vendrán las cosas necesarias. Esto no puede ser medido de manera justa al enfrentar ciertas experiencias, pero con el tiempo no dejaremos de asombrarnos por su providencia.

En el antiguo Testamento la palabra “Prosperidad” está escrita con cinco palabras hebreas que son: **“Tsalákj”** que significa prosperar, tener éxito, lograr pasar, ser útil o servir a un fin. La palabra **“Tsalach”**, que significa empujar hacia adelante. La palabra **“Sakal”**, que significa ser circunspecto o inteligente. La palabra **“Shalah”**, que significa estar tranquilo, seguro o ser exitoso, feliz, y la conocida palabra **“Shalom”**, que se la utiliza para saludar, y significa entre otras cosas, paz, bienestar, felicidad y bendición.

Esto deja muy en claro, que la prosperidad para Dios, nada tiene que ver con tener muchas cosas, sino con la esencia misma de la vida de fe. En el Nuevo Testamento, la palabra “Próspero” que se usa en estos tres versos es **“Eu-odoo”**, que significa ayudarte en el camino, lograr alcanzar, triunfar en lo que has emprendido.

La formación de esta palabra se desprende de dos términos **“Eu”**, que significa bueno, y **“Ohdos”**, que significa camino y distancia. Es decir que según Dios, prosperidad es avanzar en el camino de la vida con bien y con victoria. Esto puede incluir dinero, o no. Asociar la prosperidad solo con un estado financiero es una torpeza habitual en el sistema del mundo, pero no debe ser considerado así por los ciudadanos del Reino.

La palabra “finanzas” tal como la conocemos en nuestro idioma, tiene su origen del latín **“finís”**, cuyo significado es terminar. Es el mismo término del cual proviene la palabra fin. Cuando tenemos un compromiso o enfrentamos un desafío económico, procuramos recursos para terminarlo, por eso cuando queremos adquirir algo preguntamos cómo nos lo pueden financiar. Es decir, de qué manera podemos dar fin a una transacción determinada.

En el Reino, las finanzas son claves, porque es lo que nos ayudará a conseguir todo lo que necesitamos para la consumación del propósito. Administrar finanzas y

alcanzar prosperidad son cuestiones vinculadas a la efectividad de administrar todos los recursos que tenemos, ejemplo libertad, tiempo, salud, talentos, y esto también incluye el dinero, pero no como algo fundamental.

La falta de revelación de las leyes espirituales del dinero, hacen que muchos cristianos padezcan más de lo que deberían. En el Reino, es necesario que renunciemos en el corazón a todos los bienes materiales, debemos seguir al Señor sin limitaciones de ningún tipo, debemos conducirnos según los principios establecidos por Dios. Si no nos ajustamos a tales principios, puede que tengamos que pasar por diferentes pruebas, hasta que llegemos a entenderlo.

En esta sociedad tan materialista como la de hoy, existe una gran necesidad que los hijos de Dios aprendamos sobre administración de Reino. De lo contrario, únicamente podemos esperar encontrarnos con grandes dificultades en el camino. Hoy todo se produce a base de recursos, pero Dios no pasará por alto nuestro estado espiritual.

Tenemos el claro ejemplo de los hebreos, a quienes el Señor deseaba darles la tierra de bendición, pero no tuvo por prioridad la entrega de esa riqueza, sino el corazón de su pueblo. Los probó para sacar a luz lo que había en sus corazones (**Deuteronomio 8:2**), y prefirió que muriera una

generación en el desierto, antes de otorgarle riquezas a un pueblo con mentalidad limitada y corazón esclavo.

Cuando la medida de nuestro tener y nuestro dar, no se sujetan a las medidas del Reino, Dios se encargará de ajustarnos. No ver como Dios ve y no actuar como Él desea que lo hagamos, siempre nos producirá grandes pérdidas.

Mientras vivamos en esta tierra como hijos de Dios, tenemos que depender de nuestro Padre para todas nuestras necesidades. Sin Su gracia, no podemos avanzar al propósito. Esto es cierto para todos los cristianos, no solamente para los ministros. Incluso los empresarios o millonarios, quienes también deben depender de los diseños del Padre.

Se vienen tiempos extremadamente difíciles y llegará un día en el cual mucha gente sentirá remordimiento por el mal manejo de sus riquezas. El apóstol Pablo nos advirtió que no debemos confiar en las riquezas, porque son inciertas (**1 Timoteo 6:17**), o como escribió Salomón siendo el hombre más rico de la tierra: *“No te afanes por hacerte rico, sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo”* (Proverbios 23:4 y 5).

Una persona avara será siempre una persona ansiosa y carente de amor al prójimo. Por el contrario, aquellos que son conscientes de la dependencia del Señor, pueden tener o no tener tantos bienes, pero funcionan con la certeza de que siempre y en toda ocasión recibirán Su asistencia. Estos saben que pueden pedir conforme a la voluntad del Señor y les será dado todo lo que necesitan, por eso tampoco tienen problemas en dar generosamente para el Reino, o ayudar a quienes tengan necesidad.

En mis años de servicio ministerial, he visto a muchos hermanos, padecer necesidades debido a que no fueron fieles con su dar para la expansión del Reino, Y no precisamente porque les faltaban ingresos, sino porque siempre estaban sospechando de la correcta utilización de los recursos, o porque eran avaros, que sin asumir su condición se hacían los distraídos a la hora de dar. Lamentablemente para ellos, la Biblia nos muestra un principio fundamental, y es que para recibir, debemos aprender a dar. Que retener y acumular no sirve más que para empobrecer, y que las finanzas del Reino son soltadas en manos de quienes son desprendidos, con lo que saben que no les pertenece.

En el Reino, todos aquellos que solo se preocupan por ellos mismos, están destinados a la escasez. Todo aquel que es generoso y que aprende a dar, está destinado a recibir la abundancia del cielo. Si realmente queremos ser libres de

la escasez tenemos que aprender a dar generosamente cada vez que Dios lo solicite.

El Señor escudriña nuestro corazón y Él sabe cuándo reaccionamos a Su voluntad y aceptamos sus medidas. Si nos volvemos confiables como mayordomos fieles, Él nos dará acceso a Su abundancia cada vez que lo solicitemos. Si al momento de dar, solo damos una pequeña parte, recibiremos también en pequeñas proporciones, pero si damos procurando una medida mayor, recibiremos recursos en abundancia.

“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir”.

Lucas 6:38

Este concepto enseñado por Jesús respecto del perdón, es un principio del Reino que funciona también con nuestros bienes materiales, porque es un principio de dar y recibir. Con la misma medida con que medimos a los demás, los demás nos medirán a nosotros. De la misma manera en que tratamos a nuestros hermanos y hermanas, Dios nos tratará a nosotros.

Si solamente damos a los demás aquello que nos sobra y que nos resulta completamente inútil, también recibiremos en pequeñas proporciones. Realmente muchos

hermanos fallan en esto. Si un cristiano da como es debido, es muy difícil que vaya a tener problemas con sus necesidades, porque serán absolutamente suplidas por el Señor.

La Palabra es bien clara al respecto, si damos a los demás, el Señor nos dará a nosotros, medida buena, apretada, remecida y rebosante, pero si no damos a los demás, el Señor no abrirá Su mano para darnos todo lo que desea. Lamentablemente, tal vez por la mala enseñanza, muchos hermanos hablan de ejercitar la fe, al momento de obtener riquezas, pero no ejercitan su fe para dar.

El tema financiero, no es el que más me gusta enseñar en la Iglesia, porque es el tema que sufre mayor resistencia por parte de los hermanos, pero no dejo de enseñarlo, porque sé que es, absolutamente necesario que aprendamos sobre la administración financiera. Es como si los hermanos se volvieran hostiles ante la enseñanza, pero el amor hace que como maestro, no claudique a la hora de entregarles el mensaje necesario.

La gente impía solo da conforme a la medida que han recibido, pero nosotros recibimos conforme a la medida que hemos utilizado para dar. Nuestra capacidad de recibir, siempre será proporcional a nuestra capacidad de dar. Por lo tanto, los cristianos que ansían tener dinero, pero son

avaros, no podrán entrar en las dimensiones de la abundancia.

La expresión “*medida buena*” que el Señor usa en **Lucas 6:38**, es una expresión extraordinaria para la revelación. Cuando nos sumergimos en ella, vemos que Dios desea darnos una medida mayor que la que podamos pretender. El Señor es dueño de todo y hace como quiere, deberíamos preguntarnos lo siguiente: Si el desea darnos una medida buena ¿Por qué motivo a veces no la recibimos así? La respuesta es lógica: “Si nuestra medida no mejora, tampoco lo hará la suya...” Eso es así, porque la nuestra determina el avance de nuestra revelación.

Dios siempre es generoso, pero también nos dice que la misma medida con que medimos a los demás nos produce un resultado a nosotros. Si somos astutos procuraremos avanzar a una medida mayor de dar, a la vez que este ejercicio, nos hará mejores personas, sensibles a las necesidades del prójimo y obedientes a los mandatos del Señor.

“Si te dedicas a ayudar a los hambrientos y a saciar la necesidad del desvalido, entonces brillará tu luz en las tinieblas, y como el mediodía será tu noche”.

Isaías 58:10

“Con mi ejemplo les he mostrado que es preciso trabajar duro para ayudar a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús: Hay más dicha en dar que en recibir”.

Hechos 20:35



Capítulo cinco

LA MEDIDA DE NUESTRA FE

“Porque en virtud de la gracia que me ha sido dada, digo a cada uno de vosotros que no piense más alto de sí que lo que debe pensar, sino que piense con buen juicio, según la medida de fe que Dios ha distribuido a cada uno”.

Romanos 12:3

Esta enseñanza del apóstol Pablo, no es una referencia limitada al don espiritual de la fe, tal como él mismo lo expone en **1 Corintios 12:9**, aquí se refiere a la medida de fe, otorgada a través de la gracia a todos los creyentes (**Efesios 2:8**). Esta es la fe por medio de la cual recibimos y vivimos el Reino.

En el contexto de ese pasaje, a Pablo le preocupa que los creyente pensemos de nosotros mismos, más alto de lo que debemos pensar. La solución que Pablo plantea para tal

jactancia, es el juicio correcto sobre nuestra persona, según la medida de fe que Dios nos ha dado. El apóstol no está proponiendo una medida de fe para hacer milagros, sino para juzgar con justo juicio.

Si tan solo podemos considerar que no sólo los dones espirituales son obra de la gracia de Dios en nuestras vidas, sino también la misma fe por medio de la cual juzgamos y utilizamos todo don, talento o capacidad recibida. Esto quiere decir que cualquier posible motivo de jactancia debe ser desechado por la verdad (**1 Corintios 4:7**).

La humildad es clave ante los ojos de Dios. Por una extraña razón, siempre asociamos la fe a los milagros, pero la fe es primero para vivir a Cristo (**Gálatas 2:20**), lo cual implica imperiosamente vivir en humildad. Muchas veces he escuchado enseñanzas respecto de intentar osadamente las obras de la fe, y está bien, pero bien lo dijo Salomón: *“...Más vale vencerse uno mismo que conquistar ciudades”* (**Proverbios 16:32 DHH**).

Todo lo que hemos recibido en Cristo, ha sido por la soberana gracia del Señor. Nada hemos conseguido por nosotros mismos. Debemos salir de una vez, de esa perversa enseñanza de que un día aceptamos a Cristo. La Biblia dice que Él nos escogió a nosotros, y no precisamente por nuestros méritos.

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia...”

1 Corintios 1:26 al 29

No deseo sumergirme en la doctrina de la predestinación, porque ya hice eso en otros de mis libros. Mi único deseo es analizar la medida de fe recibida, la correcta utilización de la misma, y lo que debemos hacer para que esa medida crezca cada día más.

“Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

Efesios 2:8 y 9

La fe es un regalo de Dios, para utilizarla como un medio para alcanzar, todo lo que Dios ha preparado para nosotros por Su gracia. Al acceder a la gracia, a través de una fe otorgada, nadie debería gloriarse, o como dice **Romanos 12:3**, nadie debería tener un pensamiento más alto de sí mismo que lo debido, porque todo ha sido y todo

será por gracia. El último baluarte de la jactancia es creer que somos los originadores de nuestra propia fe.

El evangelio no es que nosotros teníamos fe y por tal motivo aceptamos a Jesucristo como nuestro salvador. La verdad es que nosotros recibimos la semilla de vida, recibimos luz, recibimos convicción de pecado, recibimos una medida de fe, por la cual accedimos a Su gracia. Por esa gracia fuimos limpiados de todo pecado por la Sangre de Cristo, fuimos llenos y sellados por Su Espíritu Santo, y a través de Su vida, todo don, talento y capacidad.

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Filipenses 2:13

En tal caso, ¿Dónde queda la jactancia? Si la medida de fe que recibimos, no nos lleva primero por esta revelación, como lo expliqué en el capítulo dos, terminaremos afectados por el orgullo de la religiosidad. Eso no solo detendrá el fluir de las capacidades divinas, sino que detendrá el desarrollo de nuestra vida espiritual.

El apóstol Pablo sabía que la gracia abundante de Dios fue la fuente de su propia fe. Él enseñó a su amado hijo Timoteo lo siguiente: ***“aun habiendo sido yo antes blasfemo, perseguidor y agresor. Sin embargo, se me mostró misericordia porque lo hice por ignorancia en mi***

incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más que abundante sobre mí, con la fe y el amor que se hallan en Cristo Jesús” (1 Timoteo 1:13 y 14). Pablo tenía muy en claro su condición pecaminosa y su incredulidad, por eso recibió una gran revelación de la gracia, de manera que sobreabundó en él, proporcionándole revelaciones como a ningún otro.

Cuando llegamos a comprender la gracia, y juzgamos rectamente por la fe nuestra lamentable condición anterior, dejaremos de confiar en nosotros y nos volveremos absolutamente dependientes del Señor. Porque la misma gracia que nos salvó, es la misma gracia que nos conducirá y nos otorgará todas las cosas por medio de la verdad. El desarrollo de esa dinámica también producirá una expansión en la medida de nuestra fe.

Pablo también les dijo a los filipenses: ***“Porque a vosotros se os ha concedido por amor de Cristo, no sólo creer en Él, sino también sufrir por Él” (Filipenses 1:29).*** Por esta razón, Pablo da gracias a Dios y no atribuye nada a la iniciativa humana. Esto es extraordinario, porque la revelación de nuestras limitaciones, nos introduce en el ilimitado poder de Dios, y eso, automáticamente produce crecimiento en la medida de nuestra fe.

“Siempre tenemos que dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es justo, porque vuestra fe aumenta

grandemente, y el amor de cada uno de vosotros hacia los demás abunda más y más”.

2 Tesalonicenses 1:3 LBLA

Esta verdad tiene un profundo impacto en la forma en que vemos las realidades presentes. Cuando nos descubrimos débiles, se manifiesta sobre nosotros Su poder (**2 Corintios 12:9**). Aún nuestras oraciones son trastocadas por la revelación de esta verdad. Por eso es que el padre del muchacho epiléptico gritó y dijo: *“Creo; ayúdame en mi incredulidad”* (**Marcos 9:24**). Esta es una buena oración, porque reconoce que sin Dios no podemos creer como debemos creer.

Igualmente los apóstoles, le pidieron ayuda a Jesús diciéndole: *“¡Auméntanos la fe!”* (**Lucas 17:5**). Ellos rogaron de esa manera porque Jesús es el único que podía darles lo que no tenían. Hay mucha gente que se frustra por considerar que no tiene la fe suficiente para las grandes cosas, pero eso, solo es el resultado de una mala enseñanza. Dios no espera que nosotros tengamos fe para honrarlo, y que por tal motivo Él pueda hacer lo que esperamos.

Lo que Él desea es que a través de la medida de fe que ya hemos recibido con Su vida, veamos nuestra incapacidad y Su omnipotencia. Él desea ser nuestra fuente de todo. Él no pretende que generemos fe, sino que

comprendamos la necesidad de recibir de Él, lo que no podemos generar. Es to implica la fe y los hechos.

Hay quienes creen que la fe, viene y se multiplica solo con el oír (**Romanos 10:17**), y por tal motivo tratan de oír predicaciones, y leer mucho la Biblia. Eso es muy bueno, pero no significa realmente oír por Su Palabra. Es decir, la predicación y la Biblia pueden envasar la Palabra, pero si El Señor no la vivifica, en realidad no lo estamos oyendo a Él, solo estamos oyendo o leyendo las Escrituras.

En los días que Jesús se dio a conocer en la carne, los religiosos eran muy disciplinados en la lectura y la enseñanza de las Escrituras, pero cuando Jesús les habló, no le creyeron por no tener fe en Él. Recordemos que Jesús era el Verbo encarnado, se supone que al hablar todos los que lo escuchaban recibirían fe, pero eso no fue así. Oír no es algo que podamos generar nosotros, sino que también es otorgado por Su gracia.

En otras palabras, para oír, para creer, para vivir y para hacer la voluntad de Dios, somos absolutamente inútiles en nosotros mismos. Comprender esto nos hará dependientes por la fe. Esa fe producirá humildad, que es la fertilidad del corazón para producir resultados.

La enseñanza de que la fe es un regalo de Dios puede llegar a producir grandes interrogantes, pero como maestro

puedo asegurar que Dios tiene todas las respuestas necesarias. El mismo principio de mi enseñanza, debe dejarnos en claro, que toda revelación espiritual es otorgada divinamente. No podemos nosotros producirla por medios humanos. Sin embargo y hasta que la medida de fe crezca por vida, les aconsejo aplicar la enseñanza en su uso práctico, particularmente, en la humillación de nuestra jactancia y la estimulación de nuestras oraciones.

Comprender y aceptar las verdades de la Biblia, es aplicarlas en la vida real. La manifestación real de una revelación, no es saber algo nuevo, sino vivir en el Nuevo Hombre. La Iglesia de hoy, no necesita una lista de comportamientos santos, sino a santos con una nueva mente y un nuevo corazón.

La vida de Reino, nada tiene que ver con la religión, ni con la fuerza de voluntad humana. La vida de Reino, es la manifestación de una vida nueva que acepta ser gobernada por el Señor. Una nueva mente y un nuevo corazón otorgados por la gracia del Señor, es lo único que puede expresar Sus diseños. Esto es algo sobrenatural y glorioso. Tal como Pablo enseñó:

“Os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó”

Colosenses 3:10

La razón por la que Pablo hace que la fe sea el modelo que mide al ego, es para que podamos ver nuestras reales flaquezas y podamos observar la grandeza de Cristo. La medida de nuestro nuevo ser en Cristo, depende del grado en que seamos capaces de perder toda esperanza en nosotros mismos, apartando la vista de quién vemos en el espejo, y ponerla en Cristo como nuestro único tesoro.

La medida de nuestra fe se incrementará o disminuirá dependiendo de la manera en que aprendamos a mirar a Cristo. Cuando los hebreos fueron sacados de Egipto, vieron la sangre del cordero, vieron abierto el mar Rojo, vieron la nube, la columna de fuego, el maná, el agua de la roca y el resplandor del monte. Si hubieran comprendido que estaban mirando a Cristo, también hubieran visto la bendición de la tierra.

Cuando nos vemos a nosotros mismos, nos vemos como langostas, vemos los problemas, la escasez, la monotonía, los ambientes adversos y el poder del enemigo, pero cuando vemos a Dios, todo lo demás se desvanece como nada. Si no vemos Su gloria como Moisés, solo veremos un becerro de oro. Si nos vemos a nosotros mismos fracasaremos, a menos que nos veamos en fe. Entonces comprenderemos que todas las limitaciones están ahí, solo para abrirle la puerta a la gracia del Señor.

Dios asigna una medida de fe a cada uno de nosotros, porque así produce una humilde dependencia divina y nos lleva a la unidad genuina dentro del cuerpo de Cristo. La falta de unidad que percibimos hoy en día en la Iglesia, solo es el resultado del orgullo y la falta de fe verdadera.

No importa cuánto predique la fe una congregación, si no logran vivir en unidad con otras congregaciones, no tienen fe verdadera, porque la fe otorgada por el Señor, primero nos quita la jactancia y luego nos permite ver a Cristo en todo, lo cual también implica verlo en otros hermanos.

Para vivir el Reino, el Señor nos ha dado una medida de fe, diferente a cada uno de nosotros, pero la buena noticia es que esa medida no es estática, sino dinámica, porque está viva y todo lo vivo tiene la virtud del desarrollo. Jesús dijo a sus discípulos: ***“de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte, Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible...”*** (Mateo 17:20).

En más de una ocasión, escuché enseñanzas que señalaban la fe como un pequeño granito de mostaza, y que lo importante no era su tamaño, sino el tamaño de Dios. Eso puede sonar bastante lógico, pero en el Reino, no debemos ignorar el potencial de la semilla.

Es cierto que el grano de mostaza es una semilla bien pequeña, pero cuando se siembra en la tierra, llega a convertirse en la más grande de las hortalizas. Más grande que muchos árboles, llegando en algunos casos, a superar los dos metros de altura, y puede llegar a ocupar varios metros en derredor. Esto implica que si recibimos fe, como un pequeño grano de mostaza, lo que debemos hacer es que fructifique.

Una fe fructífera, es una fe bien utilizada. Muchos hermanos dicen tener fe, porque tienen proyectos, pero en realidad la fe no está vinculada con nuestros deseos, sino con la perfecta voluntad de Dios. Nosotros no podemos decir que tenemos fe, hasta que el Señor no la trae a la existencia a través de Su voluntad expresada.

Cuando Dios nos habla, podemos decir que tenemos fe, pero Él no lo hará, si a través de Su luz, no logramos ver primero nuestra condición. Solo después de esta verdad, llega a nosotros Su gracia, porque la gracia y la verdad, siempre deben operar juntas (**Juan 1:17**). Cuando comprendemos que nosotros no podemos, y creemos que Dios hará lo necesario, por causa de Su propósito, entonces la medida de fe comienza a fructificar.

Cuando creemos demasiado en nosotros mismos y solo ponemos a Dios en el lugar de nuestro ayudante, no faltará ocasión a través de la cual comprobaremos que

nuestra fe es inadecuada. Sin embargo, cuando somos plenamente conscientes que nosotros no podemos, pero creemos que Dios hará lo que es justo, entonces nuestra medida de fe, crecerá.

Este principio podemos verlo claramente a través de una parábola en la cual, el Señor enseñó sobre el Reino, utilizando el mismo ejemplo del grano de mostaza:

“El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”.

Mateo 13:31 y 32

La idea de Dios, no es que aceptemos una pequeña fe por siempre, sino que aprovechemos esa gracia, para hacerla fructificar por medio de la vida espiritual. La pequeña fe de hoy, puede ser la gran productora de mañana. Solo es cuestión de permitir que la vida de la Palabra, fluya sobre ella, engrandeciéndola hasta afectar ámbitos de bendición para muchos.

Nosotros fuimos semillas en nuestros padres, pero la vida nos fue formando y desarrollando hasta fructificar. Así es la fe, muchos se conforman con tener una pequeña

medida de ella, mientras que otros, llegamos a creer que su medida no tiene límites y trabajamos para que cada día sea mayor.

No podemos volvernos padres espirituales o alimentar a nuestros hermanos, hasta que no tengamos este crecimiento en la fe. Mi sincera oración es que cada uno pueda crecer para plena certeza de la esperanza hasta el fin, de tal manera que podamos decir: *“vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás...”*

Por otra parte, nosotros mismos vamos siendo conscientes de que nuestra propia fe ha crecido. Yo sé que la mía ha crecido. Sé que algunas veces es más débil, pues podemos retroceder; sin embargo estoy consciente que, a la vuelta de los años, mi fe es más robusta de lo que era. Nada de lo vivido y aprendido ha sido en vano, los tratos de Dios, siempre hacen crecer la medida de nuestra fe.

Las experiencias de la vida con Dios, vuelven la fe más intensa. Es decir, no hay dudas de que creemos en las mismas cosas, pero ahora las creemos con mayor firmeza. Alguien dijo, la fe es como un niño con una perla en su mano. Un niño que luego vemos ya crecido y convertido en un hombre. Podemos ver que tiene la misma perla en su mano, aunque ahora la sostiene de una manera muy diferente. Cuando sostenía la perla siendo un niño, cuando sostenía la perla siendo un niño,

cualquiera podría habérsela arrebatado, pero ahora que es un hombre, vemos cómo cierra sus puños y aprisiona con fuerza su tesoro.

Lo mismo sucede con los cristianos que crecen en la fe. Llegan a empuñar de tal manera las verdades eternas que nadie puede arrebatárselas de sus manos. Han aprendido a permanecer firme en Dios. No son sacudidos por cualquier viento de doctrina. Mantienen el timón de su alma fijo en la dirección del puerto de su destino, sin importar que soplen los vientos y que las tormentas bramen y giman a su alrededor.

La medida de nuestra fe, será la medida de los desafíos que podamos afrontar en nuestras vidas. Ruego al Padre, que esa medida crezca en la Iglesia de hoy, para enfrentar los grandes desafíos de los tiempos del fin.

“Hermanos, siempre tenemos que dar gracias a Dios por vosotros, y es justo que lo hagamos porque vuestra fe está creciendo y el amor que os tenéis unos a otros es cada vez mayor. Por eso hablamos de vosotros con satisfacción en las iglesias de Dios, por la fortaleza y la fe que mostráis en medio de todas las persecuciones y aflicciones que sufrís”.

2 Tesalonicenses 1:3 y 4 DHH

Capítulo seis

LA MEJOR DE TODAS LAS MEDIDAS

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia a en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; Que Cristo haga Su hogar en los corazones de los santos para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de aprehender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y de conocer el a amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios”.

Efesios 3:14 al 19 RBR

El apóstol Pablo, expresa su carga de oración para que los hermanos de Éfeso, pudieran llegar a comprender desde la revelación, la medida de Cristo de la cual eran

partícipes. Incluso Pablo plantea, la necesidad de ser fortalecidos espiritualmente para llegar a comprender correctamente esas dimensiones.

Notemos que la debilidad espiritual, limita la comprensión de la gracia del Señor. Los débiles se auto perciben en carencia aunque puedan estar inundados de la gracia y el amor de Dios. Con esto no pretendo juzgar a nadie, porque yo mismo me he sentido así en muchas ocasiones. Ver la copa rebozando o asumirla como vacía, solo es una percepción de la condición espiritual momentánea, pero no de la verdad eterna.

Pablo ruega primero por la fortaleza espiritual y luego invita a observar una anchura, una longitud, una profundidad y una altura determinada, pero ¿A qué o a quién se refieren esas dimensiones? Normalmente se enseña que Pablo solo se estaba refiriendo al amor de Dios. Sin embargo, aquí se esconde un glorioso misterio de la esencia y la manifestación Divina.

En **1 Juan 4:8** dice que “*Dios es amor*”, no enseña la Biblia que Dios tiene amor. Si tuviera amor, tendría una medida determinada, pero Él no tiene amor, Él es amor. Comprender esto es glorioso, porque la medida del amor de Dios es Dios mismo. Pablo está diciendo a los hermanos de Éfeso, y a través de ellos a nosotros, que si podemos medir el amor Divino, llegaremos a comprender la medida de

Dios, o por el contrario, si aceptamos que es imposible medir a Dios, también llegaremos a reconocer, que es imposible medir el gran amor que Dios tiene por nosotros.

La mejor de todas las medidas que podemos recibir es Cristo mismo. Cómo dice **Hechos 17:28**, “*en Él vivimos, nos movemos, y somos...*” Por lo cual vivimos en Su amor, nos movemos en Su amor y portamos la esencia de Su amor. No como un sentimiento de parte de Dios, sino como Su esencia, capaz de inundarnos ilimitadamente.

Al igual que otras verdades de la Escritura, esta permanece como escondida, y debido a su trascendencia, deberíamos preguntarnos ¿Por qué? A lo cual puedo responder que aunque hemos utilizado mal la expresión “el día que conocí a Cristo...” Debemos comprender que conocer la medida de Su plenitud, no puede darse sino por medio de un prolongado proceso de vida.

El día que nos presentan a una persona, decimos que lo conocemos, pero en realidad ese es el día en vimos o saludamos a alguien en persona. En realidad conocerlo, solo puede lograrse desde los procesos del trato. Cuando hablamos de un ser infinito y glorioso como el Señor, esto se magnifica de manera absoluta.

El apóstol Juan dijo que hay muchas cosas que Jesús hizo, y que si todas ellas estuvieran escritas en libros, estos

no cabrían en todo el mundo (**Juan 21:25**). ¿Cómo dar por conocido a un ser así? Tal vez nuestra presunción nos ha robado una medida de la revelación de Su amor, porque hemos expresado imprudentemente que conocemos al Señor.

Las dimensiones de Cristo exceden la anchura de Su creación y se elevan desde las entrañas de la tierra a las alturas de Su trono. Para descubrir sus profundidades, tenemos que entrar en las honduras de su tierno corazón, donde caben todos los hombres, más allá de toda condición. Y para comprender Su altura, debemos tan solo mencionar al Padre y Su grandeza simplemente se perderá en el horizonte de nuestra ignorancia.

Cristo es el Nuevo Hombre en quién hemos sido constituidos. No hay en Él, una estatura, ni una anchura, ni una profundidad que pueda calcularse. Él abarca todas las maravillosas dimensiones de la creación. Y estas dimensiones procuran ser reveladas por el Espíritu Santo, a través de Su trato diario. Si ante esto, no ha crecido en nosotros la revelación de Su amor, es porque no hemos comprendido esta gloriosa realidad espiritual.

“Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo”.

Efesios 4:7

Aquí, el apóstol Pablo menciona este extraordinario concepto, en el contexto del diseño de unidad que Dios ha preparado para Su Iglesia. Según Pablo, hay siete cosas que forman la base, o el fundamento de dicha unidad. La comprensión de que todos somos miembros de un Cuerpo, que tenemos un solo Espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un Dios y Padre de todos.

Este diseño, está absolutamente basado en la perfecta unicidad de Dios. Esto implica que no hay más que un solo ser Divino y que todos nosotros, por la gracia, llegamos a tener existencia en Él, por Él y para Él. Ante este glorioso misterio, el apóstol Pablo se frena con la conjunción “pero” para conectar dos ideas independientes. La de la unidad y la enriquecedora diversidad, ya que él presenta el contraste entre la unidad del cuerpo y la variedad de dones.

Nosotros fuimos alcanzados por la gracia del Señor, conforme a la medida del don de Cristo. Notemos que en este pasaje, Pablo dice que la gracia es dada conforme al don, mientras que en **Romanos 12:6**, él dice que los dones difieren conforme a la gracia. Esto es así, porque la gracia es la vida divina que produce y provee todos los dones, los cuales son una porción diferente de Su esencia.

Mientras que en **Romanos**, el apóstol se refiere a los dones que todos los cristianos recibimos para llevar a cabo diversos servicios como el don de profecía, de fe, de

enseñanza, de exhortación, de misericordia, o como también enseñó en **1 Corintios 12:4 al 11**, respecto de los dones de palabra de sabiduría, palabra de conocimiento, dones de sanidades, operación de milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas, y también interpretación de lenguas. En Efesios se está refiriendo a los dones de ascensión, o también conocidos como los dones ministeriales.

Estos dones, son la expresión de Cristo, a través de personas dotadas por el Señor para realizar Su tarea de edificación a los santos. Estos son los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y los maestros, tal como los menciona en el versículo once.

Después de que Cristo, por medio de Su muerte y resurrección, venció a Satanás y rescató de ambos a los pecadores, En Su ascensión, hizo que algunos de los redimidos llegáramos a ser dones por medio de Su vida de resurrección, y nos equipó, capacitó y posicionó para realizar la magna tarea de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio.

Esto es glorioso, porque en cada ministro, hay una medida del Señor buscando ser expresada correctamente. La sana comprensión de esta gracia, está basada en el hecho de que hay un solo apóstol, y se llama Jesucristo. Ahora bien, no debemos pretender orgullosamente que Él mismo

en persona baje a ministrarnos cada tanto. Lo que Él hizo, fue impartirse en algunos escogidos para cumplir con esa función.

La falta de revelación de esta gracia, produce dos cosas muy lamentables, por un lado hace que algunos pretendan desconocer a los apóstoles hoy en día, y por otro lado, haya quienes se auto proclamen apóstoles como si fuera un simple cargo eclesiástico, o rango de autoridad que la meritocracia puede otorgar.

Ni los apóstoles, ni los profetas, ni los evangelistas, ni los pastores y maestros, deben levantarse a sí mismos. Nadie debería aceptar un don semejante si no tiene un llamado previo del Señor. No importa cuántos cursos teológicos hayan realizado, ni cuan preparado puedan considerarse, sin llamado nunca habrá un respaldo para una correcta expresión de Cristo.

La mayoría de los problemas que hay en la Iglesia actual, son generados por hombres y mujeres ocupando cargos que Dios no autorizó, y por aquellos que buscan ejercer una medida del don de Dios, sin dependencia absoluta del Espíritu Santo.

Las buenas intenciones no producen un marco de legalidad para la función ministerial. El único profeta es Cristo, el único evangelista es Cristo, el único y buen pastor

es Él, y también es el único maestro. Nadie debería atribuirse tales logros. Y no me estoy refiriendo a la simple mención de dichos ministerios, sino a la revelación de los mismos. Es decir, no hay problema que alguien nos llame pastores o maestros, porque en Cristo puede que ciertamente lo seamos, lo que no debemos hacer, es pensar que algo de esto podría conservar su realidad fuera de la gracia soberana del Señor.

“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del Ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”

Efesios 4:12 y 13

La obra que el Señor realiza a través de los dones ministeriales, para el perfeccionamiento de los santos, pretende alcanzar una medida, pero ciertamente es difícil definir adecuadamente esa medida, pues Pablo la expresa como la posibilidad de alcanzar plenitud, y ningún cristiano asumirá tal plenitud, si no logra primero, introducirse en las dimensiones de la gracia Divina.

La vida natural o terrenal, nunca nos permite alcanzar plenitud, porque la plenitud no está contenida en las experiencias, ni en las cosas materiales. Podemos llegar a vivir hermosas experiencias, pero la plenitud de esas

experiencias se esfumará tan rápido como el tiempo. Podemos llegar a tener muchos bienes materiales, pero ninguno de ellos puede proporcionarnos más plenitud que la momentánea sensación de poseerlos.

La plenitud es una verdad espiritual y solo la madurez espiritual nos permitirá tocarla. Es por eso, que Pablo menciona la importancia de la madurez espiritual. Cuando hemos alcanzado la medida de la plenitud, todo nuestro entorno puede volverse hostil, el sistema puede llegar a perseguirnos, y las tormentas de la vida pueden zarandearnos salvajemente, pero nada de eso, absolutamente nada puede quitarnos la plenitud espiritual.

Personalmente, trato de sobrellevar cada día, el acecho de la tristeza. No puedo explicar sus causas, o como diría un famoso cantautor, nos sobran los motivos para ser felices. Sin embargo, yo no encuentro eso en las dimensiones naturales de la vida. Hay momentos muy gratos, pero no logro eludir las realidades de un mundo que me duele demasiado.

Igualmente y sin objeción alguna, prefiero el dolor de la luz, que la ignorancia provocada por las tinieblas. Los que ignoran el mal en el que se está sumergiendo el mundo, puede que estén tranquilos disfrutando de ciertos placeres, pero quienes habitamos la luz, no podemos eludir la carga de lo que vemos.

Si pensamos en nosotros mismos, podemos saborear el triunfo absoluto que manifestará el Reino en toda la tierra, pero si pensamos en la realidad y el destino de millones de personas, es imposible que no seamos conmovidos.

Si podemos disfrutar de un manjar, mientras un hambriento nos mira por la vidriera, y llamamos a eso plenitud, es porque no hemos entendido nada. La plenitud a la que Pablo hizo referencia era a la espiritual. Él no buscó plenitud en los placeres de la cárcel, en la soledad o el desprecio de muchos. La plenitud y el gozo espiritual, no están determinados por las condiciones externas.

La mejor de todas las medidas es Cristo y la plenitud de la vida es la revelación de Su persona. Ser un hombre de plena madurez y llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, son asuntos que dependen de la vida. Sólo hasta que experimentamos la vida hasta cierto grado, podemos entender un versículo como **Efesios 4:13**.

En el Nuevo Testamento, al Señor se le llamó Jesús con relación a la carne, y el Cristo, en cuanto a Su condición Divina. Cuando Pedro recibió una revelación, dijo que el Señor Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente (**Mateo 16:16**). En el evangelio de Juan también se nos dice que debemos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (**Juan**

20:31). Esto indica que nosotros, al creer en el Señor Jesús y Su obra, recibimos Su vida y somos sumergidos en Él.

Conocer y creer en Su obra redentora es fácil, porque es el resultado de una revelación soberana, pero conocer las dimensiones de Cristo es mucho más profundo. Esto sólo se obtiene por la experiencia, no por un simple conocimiento objetivo. Solo cuando experimentamos a Cristo como nuestra vida, llegamos a crecer en la medida de Su plenitud.

El Espíritu Santo desea revelarnos que Cristo es todo para nosotros. Él desea que podamos comprender que Cristo es el objeto de nuestra fe y también nuestra vida misma. Si logramos ver esto, comenzaremos a deshacernos de todo lo que hemos tenido como importante. Cuánto abandonamos depende de cuánto lo experimentamos. Cuanto más experimentemos a Cristo como vida, más cosas dejaremos a un lado. Y por supuesto, me estoy refiriendo a realizar esto en nuestro corazón.

“Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, pues El da el Espíritu sin medida”.

Juan 3:34

Por último, deseo que podamos comprender, que la mejor de todas las medidas, no tiene límites. El Espíritu del Señor no es una fuerza activa que opera en nosotros. Es Su persona, es Dios en nosotros. No podemos tener una medida

mayor o menor de Él desde el hecho, aunque sí desde la revelación.

Cuando hablamos de ser llenos del Espíritu Santo, podemos imaginar que tenemos más de Él, o menos en algunos casos, pero eso no es así. La llenura del Espíritu Santo no es todo lo que nosotros tengamos de Él, sino todo lo que Él tenga de nosotros. Por eso digo que la mejor de todas las medidas, solo varía según nuestra revelación.

En los hechos de las verdades espirituales, Dios está en nosotros y punto. Desde la revelación recibida por los procesos de la vida, hay una medida que va creciendo en nosotros. Cuando ignoramos Su actuación constante, la medida será muy limitada. Cuando más de Su vida nos inunda, viene más de Su luz (**Juan 1:4**). Cuando esto ocurre vemos, y cuando vemos, la mejor de todas las medidas aumenta.

El Señor en Su infinita gracia, nos abra los ojos del entendimiento para ver, porque solo Su luz hace que nuestra consciencia asimile la verdadera medida de Su plenitud. Salomón escribió: *“El camino de los justos es como la luz de un nuevo día, va en aumento hasta brillar en todo su esplendor”* (**Proverbios 4:18 DHH**). Esto es como andar de noche por una ruta con poca luz. El camino será muy corto, porque no veremos más allá de un par de metros. Sin

embargo, Si brilla toda la plenitud del sol, veremos un camino muy extenso por delante.

El camino no vino por causa de la luz, el camino ya estaba, la luz, solo permitió que tomáramos consciencia de su existencia. Así ocurre con el Señor. Él siempre está, pero cuando la medida de la luz no crece, no podemos verlo, y cuando no lo vemos, no podemos disfrutar de la mejor de todas las medidas.

“Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos”.

Efesios 1:18



Capítulo siete

LAS MEDIDAS DEL REINO

“Esta es tu suerte, la porción que yo he medido para ti, dice Jehová, porque te olvidaste de mí y confiaste en la mentira”.

Jeremías 13:25 LBLA

El Señor Jesús, dijo que debíamos predicar el evangelio del Reino, como testimonio en todas las naciones y que luego vendría el fin (**Mateo 24:14**). Él no pidió que enseñáramos al mundo sobre una nueva religión, Él dijo que la buena noticia era el Reino de Dios. Este libro, como la mayoría de mis libros trata sobre un aspecto vinculado al Reino. En este caso y en cada capítulo, he desarrollado diferentes conceptos respecto de las medidas que se emplean en el Reino.

Reino, es nada más y nada menos que el gobierno de Dios, y también tiene en sí mismo, una medida de

expresión, y hay dos formas de apreciarla. Desde el punto de vista Divino y desde el punto de vista humano. En lo que a Dios refiere, todo está bajo Su gobierno.

La autoridad y el poder de Dios, son absolutos y determinantes en todo. Si una partícula de tierra de toda la creación, pudiera gobernarse fuera de la voluntad de Dios, entonces Dios no sería Dios. Claro, cualquiera podría contrarrestar este concepto con algún ejemplo asociado al mal, pero debemos tener en claro que al final, todo lo que ocurre, debe encontrar una habilitación Divina, incluso la expresión de las tinieblas.

Eso no vuelve a Dios, un cómplice de la maldad, solo que Él, en Su soberana voluntad, puede permitir que algo ocurra, aunque determinada situación, no sea la que Él realmente desea. Es decir, Dios podría haber evitado que Adán comiera la fruta prohibida. Se lo dijo, pero podría haberlo evitado a la fuerza, sin embargo dejó que las acciones del hombre siguieran su curso. Aun sabiendo todo lo que ese pecado generaría en el mundo, lo permitió y luego ideó un plan para cambiar ese resultado.

Esto no lo hace con dobles intenciones, sino porque se auto limita a sus propias palabras, al no pasar por alto la justicia regida por la verdad. De todas maneras, y sin dejar de ser absolutamente justo, dirige el rumbo de todas las acciones de manera tal, que todo llegue a buen puerto,

respetando los procesos necesarios para que el Reino sea manifestado y Su nombre glorificado por Su sabiduría y Su poder.

El diablo mismo y todo ser de las tinieblas, existen y operan porque Dios lo permite, pero debemos comprender que Satanás, solo es una criatura creada, no hay ninguna lucha que él pueda pretender contra Dios, eso es absurdo. La Biblia enseña que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), porque Satanás es un adversario del hombre, pero no de Dios. Y aunque Dios le ha puesto límite a estos días de injusticia que vive la sociedad actual, aún sigue permitiendo la operación de las tinieblas.

Por otra parte, el mundo no reconoce, ni acepta la voluntad de Dios, pero la Iglesia, está compuesta por quienes hemos recibido la gracia de la nueva vida, y solo por eso, no solo reconocemos, sino que aceptamos y pedimos que se haga Su perfecta voluntad. Aun así, Dios va conduciendo Su Iglesia desde la revelación y no desde la imposición, por eso sigue habiendo muchas desobediencias. De todas maneras y ante eso, Dios sigue amándonos y hablándonos con mucha paciencia.

Incluso Jesús, nos enseñó a orar pidiendo por la perfecta voluntad del Padre (**Mateo 6:10**). De todas maneras, fallamos en muchas ocasiones y Él nos habla, nos enseña y nos espera. Ciertamente esto también, un día

acabará, porque es necesario que el juicio comience por la casa (**1 Pedro 4:17**), y así como el mundo será juzgado duramente por no sujetarse al gobierno Divino, la Iglesia también será purificada.

Por lo tanto, si miramos el Reino desde el punto de vista Divino, muchas cosas pueden estar mal, pero ninguna fuera de Su control soberano. Si miramos el Reino desde el punto de vista humano, nos queda esperar Su venida, porque esto es un huevo frito, que no pareciera tener ningún arreglo posible. Es decir, cuando alguien parte un huevo, le quita la cáscara, y luego lo cocina, ya no hay forma por medio de la cual pueda ser arreglado a su estado original.

Obviamente, esto pasa con un huevo, pero no será así con el mundo, porque si bien no hay arreglo posible desde lo humano, para Dios no hay nada imposible (**Lucas 1:37**). En Su venida gloriosa, el mundo será juzgado y Su Reino será manifestado con absoluta plenitud, hasta lo último de la tierra, porque la autoridad y el poder de Dios serán manifestados.

En el Reino de los cielos, la medida del gobierno es ilimitada, ya que todo está sujeto a Su perfecta voluntad. La única vez que se armó una revuelta en el cielo, Satanás fue expulsado de su posición (**Isaías 14:12**), y con él, la tercera parte de los ángeles que le siguieron (**Apocalipsis 12:4**). El

tercer cielo es un ámbito de Luz plena y la medida del gobierno de Dios es absolutamente única.

En la tierra, la medida del Reino es manifestada por la Iglesia, porque el Señor le dio toda potestad a la Iglesia para manifestar Su justicia y Su poder. El gran problema del mundo es que los hombres tienen y ejercen poder, sin autoridad Divina, y es ahí donde opera la influencia de las tinieblas.

Poder es lo que podemos y no hay dudas, que el ser humano tiene poder. El problema es que funciona fuera de la autoridad divina, y poder sin autoridad es ilegal. Por ejemplo Adán ¿Podía o no podía comer la fruta? Sí podía, porque se la comió, pero no debía porque Dios le había establecido un límite de autoridad. La raíz del pecado no está en el poder, sino en la falta de autoridad para hacer algo.

¿Abraham podía o no podía tener hijos? Sí podía, porque tuvo a Ismael con la esclava Agar. El gran problema de Abraham fue que recibió autoridad de su esposa, igual que Adán, pero no recibió autorización divina. Para enseñarle, el Señor esperó dieciséis años más hasta que Abraham tampoco pudiera y entonces nació Isaac. En **Romanos 4:19**, dice que Abraham no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto, siendo de casi cien años, o la esterilidad de la matriz de Sara. En otras

palabras, Dios espero que humanamente no pudiera, y para que no quedaran dudas de quién era el autor de la vida de Isaac, se lo pidió en sacrificio para demostrárselo.

¿El rey Saúl, podía o no podía dejar vivo lo mejor del ganado de Amalec, o perdonarle la vida a su rey? ¿Podía o no podía hacer holocausto a Dios? Sí podía, porque lo hizo, pero Samuel le había dicho claramente que no lo hiciera. Eso hizo que Saúl perdiera su reinado. En el Antiguo Testamento vemos que los reyes tenían poder, el problema es que muchas veces lo usaron fuera de la autoridad Divina y eso no es otra cosa que pecado.

Podría enumerar muchos otros casos como estos, pero creo que está claro que lo mismo acontece a los hijos de Dios hoy en día. La etimología de la palabra “autoridad” es esclarecedora. Viene del latín **auctoritas**, pero, a su vez, esta proviene de **auctor** (autor), cuya raíz latina es **augere**. La raíz indoeuropea del verbo latino **augere** es “**aug**” que equivale a aumentar, hacer crecer, magnificar. El autor no es solamente quien crea, sino aquel que hace que algo funcione

Si buscamos la palabra “autoridad” en el diccionario de la Real Academia Española, significa: Facultad o derecho de mandar o gobernar a personas que están subordinadas // Facultad o derecho de gobierno. Si

buscamos la palabra “poder” encontramos que significa: Tener la capacidad o facultad de hacer determinada cosa.

Reitero, el gran problema en el mundo actual, no es el poder, los hombres tienen gran poder, el problema es que lo utilizan fuera de la voluntad de Dios, y la autoridad es más importante que el poder, porque el poder puede ser muchos, pero el poder sin autoridad es ilegal, es pecado y siempre traerá consecuencias.

Cuando en la época de los patriarcas, los hombres se determinaron a construir una torre que se elevara hasta el cielo, lo estaban logrando. De hecho el Señor dijo: ***“He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer...”*** (Génesis 11:6). Ciertamente los hombres tienen poder. En el mundo hay obras extraordinarias que lo confirman, el problema es que utilizan su poder, fuera de la voluntad Divina y las consecuencias nunca son de bendición.

En este momento, estoy escribiendo en un aeropuerto, esperando un vuelo que sale en unas pocas horas. Yo podría agarrar una silla y arrojarla contra uno de los cristales, o podría romper las pantallas en donde aparecen todas las informaciones de los vuelos. Cómo poder, puedo hacer estas cosas, el tema es que no solo no deseo hacerlo, sino que además, si lo hiciera terminaría

detenido por las autoridades del aeropuerto, porque romper algo que no me pertenece es un delito y se paga con prisión.

En el mundo hay mucha gente encarcelada espiritualmente, porque una y otra vez, han tomado decisiones fuera de la voluntad de Dios. Es cierto también, que si las personas no conocen a Dios, mal podrían conocer Su voluntad, pero nosotros como Iglesia, no tenemos excusa alguna.

Si queremos ver una expansión en la medida del Reino, debemos vivir en justicia. Eso no solo nos beneficiará, como ocurrió con Jesús, sino que además nos evitará consecuencias negativas. En realidad, los hombres no tenemos problema en aceptar que Dios es Todopoderoso, lo que nos cuesta es entender Su autoridad.

El rey David, fue un hombre que manifestó mucho poder. Recordemos que venció a osos, a leones, a Goliat y a cientos de filisteos. Sin embargo la clave de su éxito estuvo en hacer y buscar la voluntad de Dios. Cuando no lo hizo, pagó las consecuencias, pero aun así, Dios terminó halagando su corazón, porque más allá de sus errores, siempre reconoció Su autoridad.

***“Porque yo reconozco mis rebeliones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,***

*Y he hecho lo malo delante de tus ojos;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,
Y tenido por puro en tu juicio”.*

Salmo 51:3 y 4

El Señor no pasó por alto los pecados de David, y él estuvo dispuesto a pagar por ellos, reconociendo que Dios es justo. En realidad eso es todo lo que Dios busca en nosotros, un corazón conforme a Su corazón (**Hechos 13:22**), porque si reconocemos Su autoridad y Su justicia, siempre hallaremos Su gracia.

*“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra,
para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón
perfecto para con él”.*

2 Crónicas 16:9

El Señor buscaba a un hombre, buscaba a un corazón perfecto para con Él, y al hallar a David, lo revistió de autoridad para realizar las hazañas que realizó. De hecho, la Escritura es clara respecto de este favor para con David:

*“Hallé a David mi siervo;
Lo ungué con mi santa unción.
Mi mano estará siempre con él,
Mi brazo también lo fortalecerá.
No lo sorprenderá el enemigo,
Ni hijo de iniquidad lo quebrantará;*

*Sino que quebrantaré delante de él a sus enemigos,
Y heriré a los que le aborrecen.*

*Mi verdad y mi misericordia estarán con él,
Y en mi nombre será exaltado su poder”.*

Salmo 89:20 al 24

Es tan hermoso y poderoso lo que dice el Señor en este Salmo, que al final, fusionó el gobierno de David con el gobierno de Jesús, porque si hay un ejemplo de corazón perfecto y obediencia total es Jesucristo. Él siempre hizo todo bajo la autoridad del Padre, por eso manifestó tanto poder.

Jesús trajo una medida de gobierno Divino, como nunca antes. Él hizo todo bajo la perfecta autoridad del Padre y nunca pecó. Los religiosos lo veían manifestar poder, y le preguntaban con qué autoridad hacía esas cosas. Nosotros hoy comprendemos, que el gran poder mostrado por Jesús, estuvo basado en la autoridad del Padre, por eso le funcionaba lo que hacía.

Él pagó nuestras ilegalidades, pero Él no cometió ninguna, por eso no tuvo más que consecuencias momentáneas, porque la muerte no lo pudo retener y al final resucitó al tercer día, siendo exaltado hasta lo sumo, recibiendo toda potestad (poder), y un nombre que es sobre todo nombre (Autoridad).

Nosotros, en este glorioso pacto de gracia que vivimos en Cristo, debemos tomar nota de sus ejemplos, y debemos funcionar bajo autoridad total. Entonces seremos hermosamente sorprendidos por las manifestaciones de poder que ocurrirán en la Iglesia. Nuestra medida de poder, está regulada por nuestra revelación de la autoridad bajo la cual actuamos.

“Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe...”

Mateo 8:5 al 10

Veamos a través de esta historia, que el centurión romano era un oficial con un mando táctico o administrativo dentro de las filas del ejército romano. Estos militares contaban a su cargo con el mando de una centuria, la cual estaba conformada de 80 a 100 soldados. Pero por

encima de él, militarmente hablando, también había muchos oficiales con rangos superiores.

El centurión, se acercó rogando a Jesús que sanara a su criado, mostrando así su humildad y el amor que tenía por su prójimo. Pero esto no fue lo más importante que resalta este pasaje bíblico, sino que lo más destacado fue que Jesús se sorprendió por la fe que tenía este soldado romano. Podemos observar que el centurión no le pidió al Señor Jesús que fuera físicamente a su casa, sino solo le presentó su petición, a lo que al instante Jesús le dice ***“Yo iré y le sanaré”***.

Esto quiere decir, que el Señor ya estaba dispuesto a desplazarse para ir a su casa, quizás para orar por el criado, imponer sus manos, levantarlo y sanarlo totalmente, pero lo que sorprendió a Jesús fue lo que el centurión le dijo: ***“Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará”***. En pocas palabras lo que el soldado quiso decir a Jesús fue que era tan grande su poder, santidad y grandeza, que su hogar no tenía el protocolo que Él merecía. Pero además, también se sentía pecador e indigno, por lo cual, sentía vergüenza que Jesús entrara bajo su techo, reconociendo su santidad, Su autoridad y Su poder como Hijo de Dios.

Lo revelador fue que el centurión también dijo: ***“Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo***

bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace...”

Por este motivo, él reconocía que estaba sujeto a la autoridad de superiores, y que muchos soldados estaban sujetos a las órdenes de suyas. De la misma forma, consideró a Jesús sujeto al Padre, y que también, el mundo espiritual estaba sujeto a Jesús. Por eso le dijo, que si tan solo daba la orden, aquel espíritu de enfermedad que atormentaba a su criado lo dejaría.

Aquí comprendemos el gran principio que establece las medidas del Reino. Cuando reconocemos y obedecemos la autoridad divina, la medida de poder crecerá de manera exponencial, porque reconocer la autoridad es Fe. De hecho, muchos hermanos pueden llegar a decir que hacer todo por la fe, pero fe solo existe bajo la voluntad del que habla la Palabra con derecho y en justicia.

Cuando tenemos fe, por creer lo que Dios nos habla, el poder hallará respaldo y glorificará al Señor. En tal caso, no estaremos obrando para que Dios haga lo que nosotros deseamos o necesitamos, sino que nosotros estaremos haciendo lo que Él desea y eso traerá una medida mayor de Reino.

Amados hermanos, no debemos orar para pedirle a Dios que haga lo que deseamos, sino para oír lo que Él desea. La gracia nos habilita a pedir, pero la revelación de

la legalidad del Reino nos hará escuchar como es debido. El rey ha extendido Su cetro de autoridad para que podamos hablar, pero no para hacer lo que queremos.

Si queremos ver una medida mayor del Reino, debemos buscar poner como prioridad en nuestra vida, el escuchar la voz del Rey, y obedecer Sus órdenes, entonces conoceremos Su respaldo y Su poder.

“El Dios que da la paz levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas, a nuestro Señor Jesús, por la sangre del pacto eterno, que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”

Hebreos 13:20 y 21 NVI



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo
Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel
amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera
de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y
paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil
vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería
imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

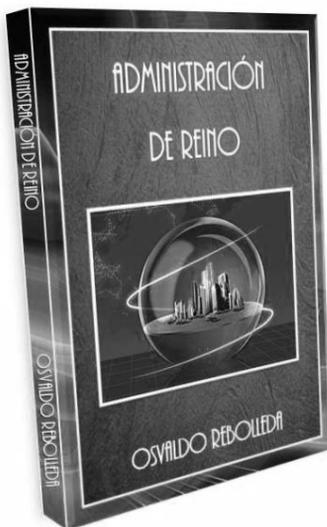
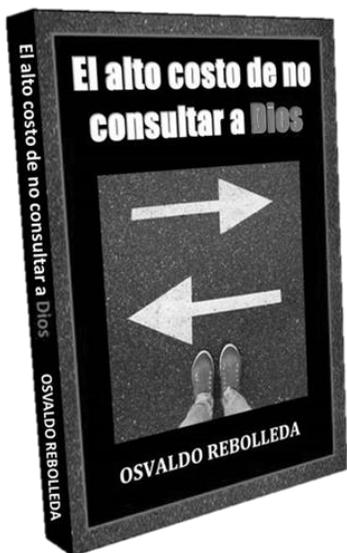
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

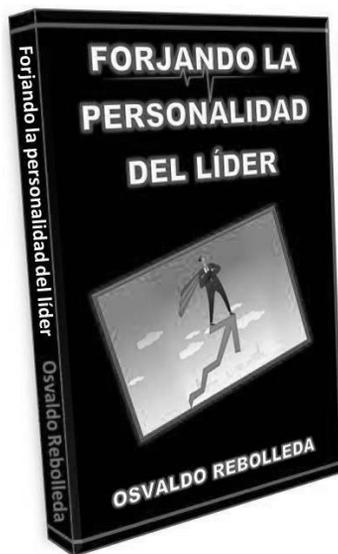
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

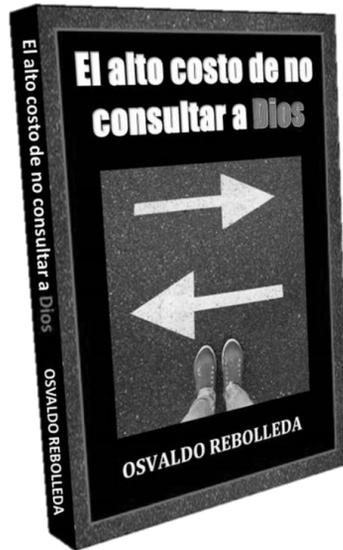


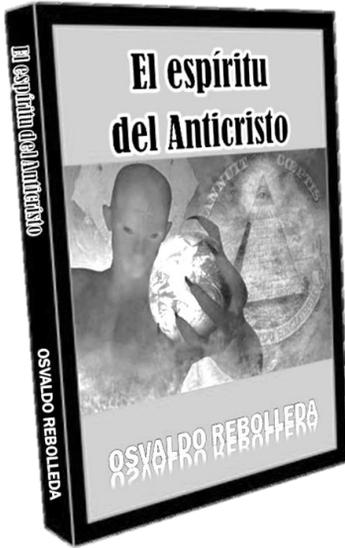
www.osvaldorebolleda.com



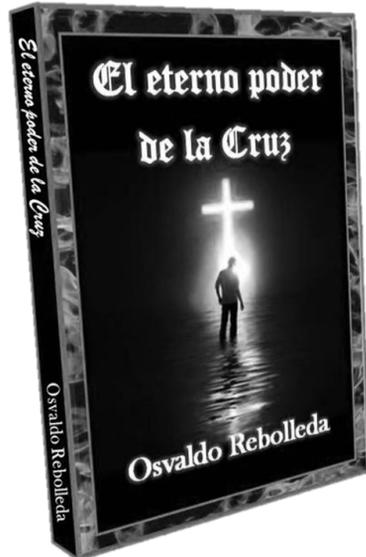
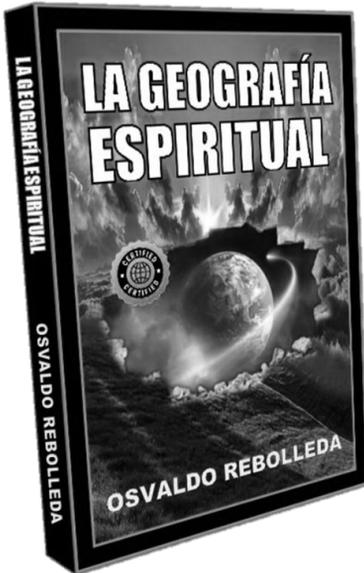


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

